

ARQUITECTURA Y SISTEMA DE ASENTAMIENTO DURANTE LOS PERIODOS INTERMEDIO TARDÍO Y TARDÍO DE SAN PEDRO DE ATACAMA

ARCHITECTURE AND SETTLEMENT PATTERNS IN THE LATE INTERMEDIATE AND LATE PERIODS OF SAN PEDRO DE ATACAMA

Leonor Adán Alfaro¹

RESUMEN

Se presenta una sistematización de la variabilidad arquitectónica de los períodos Intermedio Tardío y Tardío de la región de San Pedro de Atacama, basado en una caracterización arquitectónica de los sitios Estancia de Guatín, Pucara de Vilama, Tambo Catarpe, Pucara de Quítor, Campos de Sólor, Aldea de Zapar y Peine.

Los resultados permiten debatir la visión de un patrón definido por “pueblos de paz” y asentamientos defensivos o “pukara”, y proponer un sistema compuesto por diferentes modalidades de asentamiento. Se evidencia continuidad en las prácticas constructivas con barro, presentes en los períodos formativos y retomada en los períodos tardíos. Igualmente se plantea la ocurrencia de una tradición arquitectónica de tierras altas que vincula la región del Salar con territorios vecinos.

Palabras clave: período Intermedio Tardío, período Tardío, Arquitectura atacameña, asentamientos habitacionales, Pukara.

ABSTRACT

This paper presents a classification of architectural variability for the Late Intermediate and Late Periods of San Pedro de Atacama, based on complete architectural documentation of the sites Estancia de Guatín, Pucara de Vilama, Tambo Catarpe, Pucara de Quítor, Campos de Sólor, Aldea de Zapar, and Peine. Based on these results, the paper debates the vision of a pattern defined by “peace towns” and defensive settlements, also known as “pukaras,” and proposes a system comprised of different settlement types. There is evidence of continuity in mud-based constructions practices, which are present in Formative periods and reappear in Late periods. The paper suggests that a highlands architectural tradition connected the Salar region to neighboring areas.

Keywords: Late Intermediate Period, Late Period, Atacama architecture, habitation settlements, Pucara

Recibido: 09/04/2017

Aceptado: 30/05/2017

¹Universidad Austral de Chile. Casilla 586-Valdivia. E-mail: ladan@uach.cl

INTRODUCCIÓN

Este trabajo presenta una clasificación de la variabilidad arquitectónica de los sitios tardíos de San Pedro de Atacama basada en el estudio sistemático de los sitios Estancia de Guatín, Pucara de Vilama, Tambo Catarpe, Pucara de Quítor, Campos de Sólór, Aldea de Zapar y Peine. A partir de estos resultados se sistematiza una breve historia del desarrollo arquitectónico en territorio atacameño, así como la relación de estos asentamientos con las posibilidades ambientales del oasis y de las quebradas del Salar.

El estudio forma parte de una investigación dirigida a reevaluar la unidad cultural atacameña en los períodos Intermedio Tardío y Tardío. Nuestra formulación plantea a la región conocida etnohistóricamente como atacameña, como un territorio culturalmente compartido durante los períodos prehispánicos tardíos. Para estos momentos se han propuesto diversas fases cronológicas culturales (Tarragó, 1989), fundamentalmente sobre la base de material cerámico de funebria, que nos interesa comparar con otros materiales arqueológicos y otra clase de contextos, con el propósito de enriquecer nuestra comprensión de los períodos tardíos y conocer sobre los procesos sociales y económicos singulares del territorio atacameño.

En nuestras investigaciones asumimos la arquitectura como un aspecto crucial de la producción de cultura material de un grupo humano. Como han señalado Castro y colaboradores "...sin lugar a dudas el estudio de la arquitectura es un buen argumento para la complejidad social de los pueblos" el cual al integrarse con los patrones de diseño y con evidencias recuperadas de excavaciones permitiría "... aprehender algo de la vida cotidiana de sus moradores" (Castro *et al.*, 1993: 80). La dirección que se otorga a la variable arquitectónica en este estudio se sintetiza en las afirmaciones de Morris derivadas de su trabajo en el clásico sitio incaico de Huánuco Pampa:

...desde mi punto de vista, el estudio arqueológico de la arquitectura es casi similar al estudio de otros restos culturales; estamos interesados en por qué la gente hace ciertos tipos de objetos materiales (en este caso edificios) en lugar de otros tipos posibles y en por qué los distribuyeron en el espacio en la forma como lo hicieron. La importancia particular de la arquitectura radica en este dominio posterior de organización espacial. Ningún otro tipo de evidencia arqueológica puede darnos una información directa semejante sobre la manera en que las actividades fueron organizadas e integradas a un todo funcional o al menos sobre la forma en que ciertos miembros de la sociedad pensaron como debían ser ordenados (Morris, 1987: 27-28).

EL OASIS DE SAN PEDRO DE ATACAMA

Bittman y colaboradores (1978) ubican el territorio ocupado por los habitantes de la llamada Cultura San Pedro y sus antecesores en la región de la Puna de Atacama. Las tierras puneñas se localizan en el sector sur del altiplano andino, entre los 22° y 27° Latitud Sur y han sido divididas tradicionalmente en dos subáreas,

la Puna de Jujuy al Noreste de este macizo puneño y la Puna de Atacama en el sector Poniente.

De acuerdo con Tarragó, se trata de un espacio integrado por “cadenas montañosas, valles muy elevados, planicies y bolsones, que se levanta por encima de los 3.000 a 3.500 m sobre el nivel del mar y alcanza su mayor amplitud, aproximadamente 300 km, en territorio boliviano” (Tarragó, 1989: 6). La autora define la zona de los oasis de San Pedro de Atacama como una zona con características morfológicas similares a la Puna, cuencas sin desagüe y salares, pero a menor altura (Tarragó, 1989: 6-7). Esta queda limitada al Oeste por la Cordillera de Domeyko y a continuación por el Desierto de Atacama; al E por el plateau riolítico que asciende hacia las cumbres andinas, al ambiente de puna propiamente tal.

En esta amplia región, Bittman y colaboradores (1978) identifican la alta puna, las quebradas intermedias y los oasis. La alta puna queda comprendida entre los 4.250 a los 3.250 msnm, en un ambiente dominado por una extensión montañosa con volcanes e importantes cumbres andinas. Se alternan lagunas, estepas con forraje duro y tolar, vegas y vertientes potables. La zona de quebradas intermedias se encuentra entre los 2.400 y 3.200 msnm. Aquí los recursos vegetales se localizan en el fondo de las quebradas siguiendo los cursos de agua que descienden por la plataforma inclinada hasta el Salar de Atacama. Una vez las quebradas en el plano, dan lugar a la zona de oasis, ubicados a una altura cercana a los 2.200 a 2.400 msnm. En este ambiente se criaron importantes bosques de chañares y Algarrobos, zonas de pastos, lagunas y pequeñas vegas.

San Pedro de Atacama se localiza en los 22° 55' LS y 68°12' LW, a una altura de 2.436 msnm. El elemento morfológico de mayor importancia es el valle longitudinal de San Pedro de Atacama. Esta cuenca endorreica se extiende en dirección norte-sur hasta los 23°50' LS, dando paso al Despoblado de Atacama. Se presenta una red hídrica fundamentalmente en su borde nororiental, donde se encuentran los ríos San Pedro y Vilama. El río San Pedro, que escurre por el sector occidental de los oasis, es el curso de agua de mayor caudal y extensión de esta hoya. Se forma casi a los 6.000 m, con los ríos Jauna y Putana, y recorre cerca de 70 km. Sus aguas son considerablemente salobres ya que bordean la Cordillera de la Sal. El río Vilama, con un caudal menor e inferior salinidad, tiene su origen en fuentes termales y nace al sur del río San Pedro (Martínez, 1998: 52).

LA ARQUITECTURA COMO INDICADOR CULTURAL Y CRONOLÓGICO EN LA ARQUEOLOGÍA ATACAMEÑA

Desde las tempranas investigaciones arqueológicas desarrolladas en el Norte Grande, particularmente en la región atacameña, la arquitectura ha constituido un importante material de estudio. En general, las caracterizaciones arquitectónicas han sido subordinadas a los esquemas cronológico culturales vigentes para San Pedro de Atacama, los que se construyeron principalmente sobre la base de una arqueología de cementerios centrada en el análisis alfarero (Bittman, *et al.* 1978; Núñez, 1965; Orellana, 1963, 1964; Tarragó, 1989).

Entre los estudios clásicos que abordaron la arquitectura destacan Latcham (1938), Mostny (1949) y Le Paige (1958). Los escritos de Latcham (1938) buscan principalmente sostener su tesis del impacto de la cultura atacameña sobre la civilización incaica. La sistematización que proporciona Mostny (1949) en colaboración con el arquitecto Montt, es sin lugar a dudas el trabajo más significativo basado en un acucioso registro de campo. El sello fuertemente descriptivo de su investigación se convierte en un mérito pues la autora elude temas temporales que no está en condiciones de resolver. Con posterioridad y sobre la base del trabajo de Mostny, Le Paige (1958) entrega una sistematización más variada aunque ciertamente más confusa.

Tomando como base la periodización de Uhle, Latcham (1938: 80) observa el siguiente ordenamiento cronológico de la arquitectura atacameña. La primera fase propia de los antiguos habitantes parecería cercana al siglo décimo. Las construcciones no se habrían desarrollado con anterioridad a esta época. En la arquitectura indígena atacameña las habitaciones se edificarían siempre en piedra y en lugares con abundancia de dicho material. Los muros serían bajos, sin puertas ni ventanas y sin nichos ni alacenas. Las habitaciones serían de tamaño pequeño y con techos planos. En un segundo momento, durante la época chicha-atacameña se habrían introducido numerosas modificaciones como el adobe y el techo a dos aguas, los que se harían más abundantes en momentos incaicos. Señala por último el surgimiento de agrupaciones al modo de “ciudades” con rasgos arquitectónicos definitorios del espacio construido con calles y plazas y otras innovaciones domésticas como las alacenas, nichos y trojes para el almacenaje (Latcham, 1938: 80).

La anterior periodización y tipificación se ejemplifica en el Pucara de Quítor donde Latcham observa que:

...la ciudad fue ocupada y acrecentada durante tres épocas distintas. La parte baja es típicamente atacameña indígena. La parte superior, con sus muros más altos, habitaciones más grandes, sus puertas y ventanas y su construcción más esmerada acusa haberse edificado durante la época chicha-atacameña, siendo coetánea con las construcciones de Lasana. Las casas de adobes de dos aguas, el camino limpiado de toda piedra y el alto muro de defensa nos enseña que en tiempos posteriores dominaron allí los incas (Latcham, 1938: 95).

Años más tarde, Mostny (1949) distingue tres tipos de “ciudades atacameñas”. Los “pucara” que define como lugar fortificado y emplazado sobre áreas estratégicas generalmente elevadas. Destaca la aglomeración tendiente a una optimización del uso del espacio “para poder concentrar, en el caso de una agresión, todas las fuerzas disponibles en un espacio mínimo” (Mostny, 1949: 197). Representarían esta modalidad las ruinas de San Pedro de Atacama, Turi, Lasana, Chiu-Chiu, Cupo, y edificaciones levantadas entre Zapar y Toconao. El segundo tipo es el que llama “pueblo viejo”, en el cual no existen muros de defensa, las edificaciones se extienden por espacios más amplios entremezclados con espacios no edificados. Estos asentamientos contaban con campos de cultivo próximos y se sugiere que esta modalidad se articularía con la anterior ya que

“quizá varios pueblos chicos tenían un pucará en común, en el cual se retiraban en caso de peligro o en las épocas del año en las cuales no tenían que trabajar en los campos” (Mostny, 1949: 197). Dentro de esta categoría se ubican los pueblos de Peine y Zapar. El tercer tipo lo constituyen los “tambos”, ubicados a los lados del camino del inca, formados por estructuras destinadas al aprovisionamiento y alojamiento de poblaciones. Este tipo de “ciudades” estarían “adaptadas a estas necesidades: casas o patios grandes, bodegas y cuartos para el alojamiento, con una población permanente que vivía cerca. Este tipo representa Catarpe” (Mostny, 1949: 198).

Sobre la ubicación temporal de esta tipología la información es bastante escueta. Sugiere Mostny que la totalidad de los sitios descritos habrían estado poblados durante la dominación incaica y española (1949: 200-201). Debido a su emplazamiento y la localización cercana a campos de cultivo, plantea que la construcción de estos asentamientos sería responsabilidad de atacameños en posesión de agricultura. Asimismo, la repetición de rasgos arquitectónicos y el hallazgo de material cultural similar en los distintos asentamientos le permite sugerir contemporaneidad entre las diferentes clases de “ciudades”.

Le Paige (1958: 32) distingue dos tipos de ciudades atacameñas. Asumiendo la caracterización de Mostny previamente referida, éstas serían los pucarás o grandes ciudades fortificadas y el “pueblo viejo” o abierto. Enumera además otra serie de asentamientos, los pueblos que eran exclusivamente fortalezas, vale decir sin espacios domésticos, como es el caso de Oyrintor y San Bartolo; pueblos chicos defendidos, como es el caso de Zapar; pueblos más antiguos con grandes patios y casas juntas y pegadas por 2 ó 3 lados, que por su característica de muros contiguos y plazas evocan arquitectura incaica; pueblos con casitas solitarias, redondas o agrupadas en campamentos, que probablemente refieren a sitios tempranos; pueblos con casa central protegida por otras construidas a su alrededor, que pensamos aluden a un patrón incaico; así como pueblos levantados sin otro orden que seguir el borde de una meseta o el lecho de un río; pueblos constituidos por una serie de casas separadas unas de otras pero flanqueadas por 1 ó 2 corrales; pueblos cuyas casas están construidas sobre sus propios campos de cultivo muy distantes unas de otras; y por último habitaciones en los aleros o cuevas. Los últimos tipos de “pueblos” descritos por el autor es probable que aludan a sistemas estancieros, frecuente en las tierras altas de la región, así como a asentamientos de las llamadas Tradiciones Tempranas (Adán y Uribe, 1995; Uribe y Adán, 1995).

Entre los trabajos dirigidos al establecimiento de cronologías regionales destaca el trabajo de Bittman y colaboradores (1978) que desarrolla la evolución de la arquitectura atacameña. Establecen la aparición de los primeros poblados entre los 4.000 a 2.000 años AC, en un período llamado de los transhumantes arcaicos avanzados (Bittman *et al.*, 1978: 15). Para el Período Intermedio Tardío o de formación de la etnia atacameña, señalan la existencia de aldeas dispersas en el valle con recintos aglutinados de planta rectangular y subdivisiones interiores. Una de éstas, edificada en adobe sería Sólór 4. Otros recintos similares se encontrarían en Vilama. Sin embargo durante los últimos

momentos la población habitaba en los pucaros, caracterizados como verdaderas aldeas semiurbanizadas, que representaban una arquitectura defensiva. Estos se ubicaron en puntos estratégicos del Loa Medio y Superior, y en los oasis de Atacama. De acuerdo a los autores “en todo el contorno del altiplano, tanto tarapaqueños como atacameños y aún los señores trasandinos, construyeron sus pucaros frente a la expansión aymara” (Bittman, *et al.* 1978: 47). Lo anterior explicaría el arribo al Loa Superior de poblaciones con chullpas, estructuras comunes en el altiplano.

Estos últimos autores, ilustran claramente la tendencia que toma la discusión en torno a la problemática atacameña durante los momentos tardíos, cuando comenzaban a prosperar estudios regionales basados en una arqueología de localidades. Nuevas proposiciones surgieron desde la década del 1980 al amparo de esta perspectiva. De aquellos trabajos interesa mencionar la definición de la Fase Toconce como perteneciente a una Tradición Altiplánica la cual se caracterizaría por un patrón aldeano en el que se distinguen claramente tres áreas: poblado, chullpas y áreas de depósitos (Aldunate y Castro, 1981). La investigación realizada en Likán sugiere que las estructuras de patrón constructivo tipo chullpa expresarían influencia altiplánica. Su aplicación posterior permite a Castro y colaboradores (1993) identificar en el Pucara de Turi dos patrones de diseño claramente diferenciables: uno incaico y otro de la Fase Toconce.

Además de los tipos de ciudades que se han mencionado, diversos autores han indicado la existencia de un patrón estanciero, previo y coexistente durante los períodos tardíos, que se mantiene vigente hasta nuestros días. Estos conjuntos se caracterizan en la actualidad por asentamientos dispersos de planta rectangular con techos a dos aguas y están dirigidos a la ocupación de espacios esencialmente para el pastoreo con la presencia de tramos definidos para el cultivo de forraje complementario y otros de uso agrícola (Castro y Martínez, 1996).

Una nueva aproximación fue desarrollada por Llagostera y Costa (1999) en un completo trabajo sobre las modalidades de los patrones de asentamiento durante la época agroalfarera de San Pedro de Atacama. En la tipología de sitios propuesta se distinguen sitios habitacionales estructurados y no estructurados. Para los sitios estructurados asume la conocida división en sitios defensivos y no defensivos. De acuerdo con los autores:

...los primeros están señalados por la ubicación en lugares de difícil acceso y por las evidencias de implementación para resguardo (muralla defensiva), declarando una clara intención de proteger y defender el sitio. Los segundos carecen de las características anteriores y, en consecuencia, se ubican en lugares fácilmente accesibles y expuestos... (Llagostera y Costa, 1999: 178).

Por su parte los sitios habitacionales no estructurados corresponden a áreas de dispersión de material cultural sin evidencias de arquitectura en superficie.

La sistematización que ofrecemos a continuación considera los anteriores antecedentes y el registro arquitectónico que hemos efectuado con detalle en siete sitios arqueológicos tardíos del Salar. Esta clasificación intenta responder a interrogantes de

orden histórico que plantea nuestra investigación y acercarnos al modo de ocupación del espacio o sistema de asentamiento. En consecuencia, ella considera rasgos diagnósticos en términos cronológicos, culturales en el sentido de reconocer tradiciones arquitectónicas afiliadas a diferentes grupos poblacionales. Por último, analizamos la funcionalidad de los asentamientos en su conjunto, lo que constituye igualmente otro criterio diferenciador.

METODOLOGÍA

La metodología empleada recoge las propuestas metodológicas formuladas por Castro y colaboradores (1993), Adán (1999) y Romero y Briones (1999). Se analiza un conjunto de variables descriptivas que permiten una caracterización sincrónica y morfo funcional de los asentamientos (*e.g.* superficie de los sitios, tamaño y forma de las plantas, tipos de paramentos), entendiendo que la planta final de los sitios y sus estructuras es resultado de una historia ocupacional dinámica, difícil de definir únicamente con estudios superficiales.

El trabajo de campo consideró la aplicación en siete asentamientos con arquitectura de la ficha de registro arquitectónico propuesta para el Pukara de Turi por Castro y colaboradores (1993: 86-87, Anexo 2: 103-105) con pequeñas modificaciones. La aplicación de esta ficha de registro, junto con la utilización de instrumentos de medición (GPS-Datum WGS '84, brújula y cinta métrica), permitió relevar la totalidad de las estructuras en los sitios seleccionados (100%). Cada ficha arquitectónica consignó la siguiente información: 1) Croquis: sin escala y a mano alzada; 2) Planta: forma, dimensiones y superficie (medidas en metros); 3) Paramentos: hilada, aparejo, aplomo, materiales; 4) Vanos: puertas, acceso, ventanas; 5) Estructuras y elementos complementarios, y 6) Observaciones generales (materiales en superficie, rasgos, etc.). Finalmente se realizó el levantamiento topográfico de los asentamientos.

En el pukara de Turi, Castro y colaboradores (1993) realizaron la primera sistematización de la arquitectura tardía de la región a partir de una ficha de registro que permitió clasificar la variabilidad constructiva y formal de los edificios de una muestra del asentamiento (10%). Notaron que dentro de los 620 recintos existía una gran variabilidad de tamaños (1 a 150 m²) y formas de planta (rectangulares, circulares, con complejas subdivisiones internas y espacios que no son recintos)². Posteriormente Adán (1996) planteó un esquema de relaciones funcionales entre las características arquitectónicas y depositacionales de los recintos analizadas a partir de los tipos de depósitos y desechos cerámicos contenidos en ellos.³

El análisis morfo-funcional que se efectúa en este trabajo provee de indicadores arquitectónicos comparables sobre la organización de cada sitio desglosando la información de las estructuras individuales, recintos compuestos de varias estructuras internas o conglomerados formados por la adición colindante de dos o más estructuras. El índice de “densidad ocupacional” (Uribe *et al.*, 2002) permite resumir el grado de dispersión o aglutinamiento de las estructuras, si este es proyectado sobre un terreno ideal

de 100 x 100 m, y se obtiene dividiendo el número total de las estructuras por la superficie en hectáreas del asentamiento (Urbina, 2007: 34). De este modo, el análisis, junto con la documentación de las tradiciones constructivas presentes, especifica la definición funcional de los espacios de acuerdo con la clasificación por forma y rangos de tamaño utilizando como fundamento los estudios de arquitectura prehispánica desarrollados en la subárea circumpuneña, lo cual permite la integración de los resultados y su interpretación diacrónica.

ESTILOS ARQUITECTÓNICOS DE LOS PERÍODOS TARDÍOS DE SAN PEDRO DE ATACAMA

Arquitectura en barro de los oasis

El primer estilo arquitectónico distinguible evidencia un claro vínculo con los períodos previos, particularmente con las etapas alfareras tempranas como está documentado en Tular (Llagostera *et al.*, 1984). Esta modalidad arquitectónica se prolongaría durante las fases siguientes correspondientes al Período Medio, aunque hasta la fecha se desconocen estudios arquitectónicos detallados y con clara adscripción cronológica⁴. Esta relación con los períodos antecedentes está dada por la vigencia de una técnica constructiva, como asimismo por la ocupación de los oasis asociada a los recursos hídricos del San Pedro y el Vilama que generaron un importante potencial agrícola y de recolección para los habitantes de los oasis. Esta técnica constructiva se agrega al bagaje cultural de la población atacameña que ya conoce la edificación en piedra, como está registrado en asentamientos Formativos localizados en el borde de la puna y en quebradas como Tulan y Tilocálar (Bittman *et al.*, 1978; Núñez, 1992).

Un aspecto llamativo en el conocimiento que tenemos de la arquitectura en barro es la escasa atención que recibiera en las primeras sistematizaciones arqueológicas (Latham, 1938; Mostny, 1949), lo que contrasta con su mención en tempranas crónicas como Bibar y los comentarios de diversos viajeros y naturalistas como R.A. Philippi (Bibar, 1966 [1558]); Philippi, 1860). Bibar señala que en San Pedro de Atacama:

...las casas en que abitan los yndios son de adobes y dobladas, con sus entresuelos hechos de gruesas bigas de algarrovas, qu'es madera rrecia. Son todas estas casas lo alto d'ella de tierra de barro, a cavsá que no llueve... (Bibar, 1966 [1558]: 20).

La observación de la estructura de las viviendas le permite distinguir el sector de habitación, sectores altos para el almacenamiento de sus comidas y otro apartado “qu'es el más principal, astá hecho de bobeda alta fasta el entresuelo y cuadrada. Aqueste es su enterramiento y sepulcro. Y allí dentro tienen sus bisaguelos y aguelos y padres y toda su generación” (Bibar, 1966 [1558]: 20).



Figura 1: Localización de los sitios estudiados.

De acuerdo con Latcham (1938: 80-81) la arquitectura de adobe sería por primera vez introducida en el período chincha-atacameño. Posteriormente se asume que la construcción en adobe fue introducida por el Inca (Mostny, 1949; Montandón, 1950), y que la organización de los asentamientos en el período está dada por la existencia de pueblos sin defensa, “viejos” o “de tiempos de paz”, y de pueblos defensivos, “pucarás” o de “tiempos de guerra”. De tal manera, en los primeros momentos de los períodos tardíos se ocuparían los pueblos sin defensa, como Sólór, para luego ocuparse los pucarás

(Bittman *et al.*, 1978; Le Paige, 1958; Núñez, 1992). Hasta ahora esta arquitectura ha sido registrada en Campos de Sólcor y probablemente parte de los conglomerados de Béter y Coyo correspondan igualmente a ocupaciones de los períodos Tardíos (Llagostera y Costa, 1999). También se maneja a modo de hipótesis que existirían otros poblados de este tipo en el actual pueblo de San Pedro de Atacama.

Campos de Sólcor se localiza en el gran valle longitudinal u oasis de San Pedro de Atacama, al oriente de los actuales ayllu de Sólcor y Sólcor (Figura 1). Se ubica en una planicie de origen pliocénico afectada por efecto fluvial. De hecho, si bien hoy el río Vilama ha sido canalizado, éste debió drenar por las cercanías de los actuales restos arqueológicos, como queda registrado en la exposición de antiguos cursos de agua. En sus inmediaciones se encuentran, además, afloramientos de agua como el conocido Pozo 3. Las anteriores condiciones permiten suponer que la aldea estuvo ubicada en un sector arbolado de algarrobos y chañares con importantes tierras de cultivo regadas por el río. Una inspección en terreno nos permitió delimitar 21 conjuntos arqueológicos con evidencias de arquitectura en una superficie aproximada de 150 ha. Las actuales condiciones de conservación de Campos de Sólcor, resultado tanto de procesos erosivos naturales como de actividad antrópica, hacen que los muros se encuentren completamente cubiertos por arena, quedando difusamente delimitadas las unidades habitacionales. Se aprecian también formaciones tumulares de funcionalidad poco clara, además del borde de algunas vasijas del tipo urnas Sólcor-Sólcor enterradas.

Los conjuntos arquitectónicos de Campos de Sólcor se enumeraron siguiendo una orientación N-S/W-E. En el caso de Sólcor 3 Túmulo Norte, y Sólcor 4, nuestra numeración corresponde a la misma que definió Le Paige (1964) y siguieran utilizando posteriores investigadores. En los demás no tenemos certeza que correspondan a los mismos. Una discusión de mayor importancia que podrá ser resuelta en futuras investigaciones es si acaso Campos de Sólcor constituye un gran asentamiento a modo de aldea, o si corresponde a la sucesión cronológica de unidades distanciadas físicamente, como un sistema estanciero. De las 21 unidades mencionadas, cuatro de ellas fueron objeto de registro arquitectónico gracias a sus mejores condiciones de conservación: Sólcor 4, Sólcor 12, Sólcor 14 y Sólcor 16 (Figura 2). Todas ellas han sido edificadas en un terreno plano sin dificultad para reproducir trazados de diferente tipo.

Una caracterización general de Campos de Sólcor indica que está construido en una planicie por medio de conjuntos conglomerados⁵. La superficie edificada se organiza en un sentido N-S, siguiendo el curso fluvial y con una orientación general de 300°. Las densidades detectadas para los diferentes conjuntos oscilan entre las 285 y las 119 estructuras por hectárea y los sitúa en un patrón aglutinado (Tabla 1). Se identificó la presencia de un patrón de conjuntos domésticos compuestos por estructura habitacional+depósito+patio, similar en diferentes clases de asentamientos. Se registró la coexistencia de plantas rectangulares con circulares e irregulares.

Sólcor 4 se encuentra definido en la actualidad por un conjunto aglutinado de 10 estructuras⁶ y está delimitado por formaciones tumulares que podrían corresponder

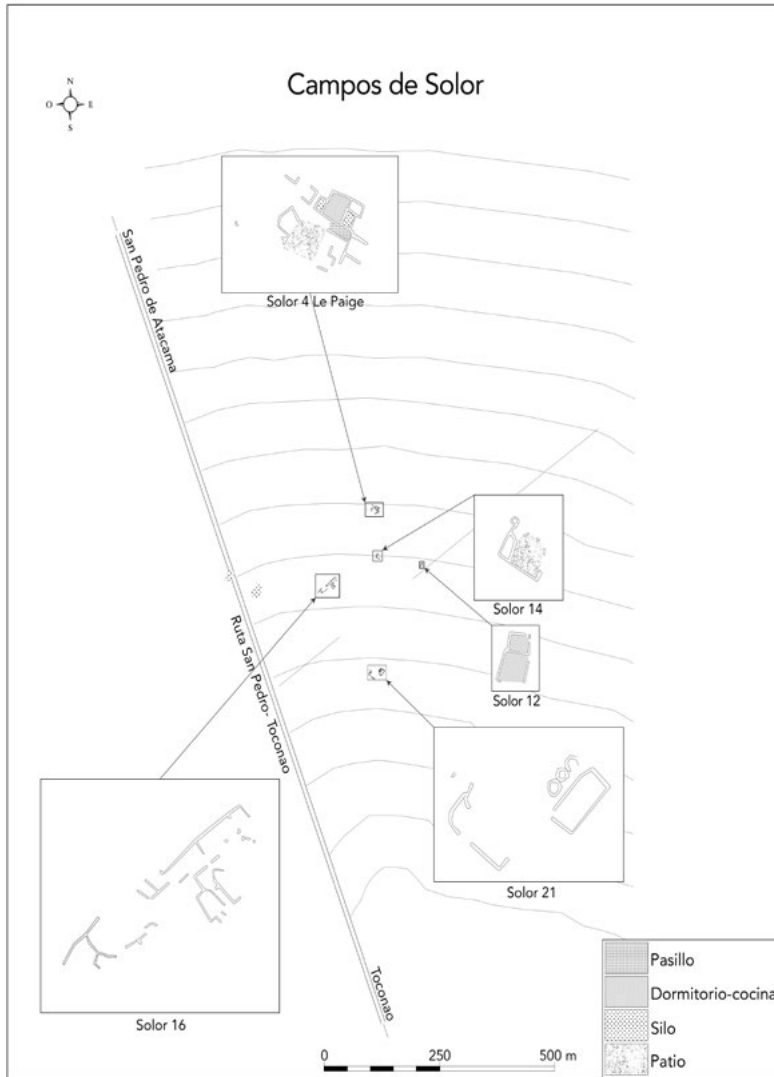


Figura 2: Levantamiento topográfico Campos de Solor.

al derrumbe de muros mayores. Ocupa una superficie aproximada de 720 m², lo que proporciona una densidad de 138,9 recintos por hectárea. El conjunto en su totalidad presenta una orientación de 305° (Tabla 1, Figura 2). La forma de la planta de las estructuras es rectangular en 9 de los 10 recintos (Tabla 2). El tamaño de las mismas oscila entre los 4,68 m² y los 22,66 m² (Tabla 3). Los muros fueron construidos en su totalidad por medio del manejo del barro (Tabla 4) y tienen un ancho promedio de 0,4 m. La existencia de una evidente hilada de piedras en el paramento de uno de los recintos introduce mayor variabilidad en la práctica constructiva en barro. Pese a las condiciones

	Número de recintos	Superficie m ²	Densidad (n° rec/há)
GUATIN	89	960000	0,92
VILAMA N	57	4400	129,54
VILAMA S	22	2000	110
CATARPE W	177	10080	163,89
CATARPE E	163	12000	135,83
QUITOR	201	17400	115,52
SOLOR 4	9	720	125
SOLOR 12	2	168	119,04
SOLOR 14	4	140	285,71
SOLOR 16	16	1296	123,45
ZAPAR	141	8400	167
PEINE	210	16000	131,25

Tabla 1. Sitios arqueológicos estudiados: número de recintos y densidad ocupacional.

	FORMA RECINTOS	no observable	Circular	Cuadrangular	Elipsoidal	Irregular	Rectangular	Subcircular	subcuadrangular	subrectangular	Oval	Subtriangular	Trapezoidal	TOTALES
		n	%	n	%	n	%	n	%	n	%	n	%	n
GUATIN*	n	5	2	3	2	6	0	6	5	9	0	0	0	38
	%	13,16	5,26	7,89	5,26	15,79	0	15,79	13,16	23,68	0	0	0	100
VILAMA N	n	14	2	0	0	14	0	7	2	13	5	0	0	57
	%	24,56	3,51	0	0	24,56	0	12,28	3,51	22,81	8,77	0	0	100
VILAMA S	n	5	0	0	0	8	0	2	0	5	2	0	0	22
	%	22,73	0	0	0	36,36	0	9,09	0	22,73	9,09	0	0	100
CATARPE E	n	11	0	16	0	13	56	3	10	52	0	0	2	163
	%	6,75	0	9,82	0	7,98	34,4	1,84	6,13	31,9	0	0	1,23	100
CATARPE W	n	20	1	13	0	39	31	8	9	54	1	0	1	177
	%	11,3	0,56	7,34	0	22	17,5	4,52	5,08	30,5	0,56	0	0,56	100
QUITOR	n	22	7	18	3	45	17	24	1	53	6	5	0	201
	%	11	3,48	8,96	1,49	22,4	8,46	11,9	0,5	26,4	2,99	2,49	0	100
SOLOR 4	n	1	0	0	0	8	0	0	0	0	0	0	0	9
	%	11,11	0	0	0	0	88,89	0	0	0	0	0	0	100
SOLOR 12	n	0	0	0	0	0	0	2	0	0	0	0	0	2
	%	0	0	0	0	0	0	100	0	0	0	0	0	100
SOLOR 14	n	0	0	0	0	2	1	1	0	0	0	0	0	4
	%	0	0	0	0	50	25	25	0	0	0	0	0	100
SOLOR 16	n	0	0	0	0	1	3	0	0	0	0	0	0	4
	%	0	0	0	0	25	75	0	0	0	0	0	0	100
ZAPAR	n	12	2	10	0	46	18	13	3	32	3	1	1	141
	%	8,51	1,42	7,09	0	32,6	12,8	9,22	2,13	22,7	2,13	0,71	0,71	100
PEINE	n	8	1	8	1	57	30	28	8	48	13	8	0	210
	%	3,81	0,48	3,81	0,48	27,1	14,3	13,3	3,81	22,9	6,19	3,81	0	100

Tabla 2: Forma de planta de las estructuras.

*En el caso de Guatin se consideró en la sistematización de las formas de planta aquellas con superficies menores a los 50 m². Véase nota 8 en el texto.

	Rango tamaño m ²	hasta 5 m	5,1 a 10	10,1 a 20	entre 20,1-40	entre 40,1 y 60	más de 60,1	Sr	TOTAL
GUATIN	n	5	12	12	9	6	41	4	89
	%	5,6	13,5	13,5	10,1	6,7	46,1	4,5	100
VILAMA N	n	7	11	21	6	1	0	11	57
	%	12,28	19,3	36,84	10,53	1,75	0	19,3	100
VILAMA S	n	0	5	8	4	1	0	4	22
	%	0	22,73	36,36	18,18	4,55	0	18,18	100
CATARPE E	n	49	40	38	21	1	8	6	163
	%	30,06	24,5	23,3	12,9	0,61	4,91	3,68	100
CATARPE W	n	51	33	37	34	3	7	12	177
	%	28,81	18,6	20,9	19,2	1,69	3,95	6,78	100
QUITOR	n	38	25	47	54	17	7	13	201
	%	18,91	12,4	23,4	26,9	8,46	3,48	6,47	100
SÓLOR 4	n	1	3	3	1	0	0	1	9
	%	12,50	37,50	37,50	12,50	0	0	12,50	100
SÓLOR 12	n	0	0	1	1	0	0	0	2
	%	0	0	50,00	50,00	0	0	0	100
SÓLOR 14	n	1	1	1	1	0	0	0	4
	%	25	25,00	25	25,000	0	0	0	100
SÓLOR 16	n	1	1	0	2	0	0	0	4
	%	25,00	25,00	0	50,00	0	0	0	100
ZAPAR	n	58	23	13	14	6	19	8	141
	%	41,13	16,3	9,22	9,93	4,26	13,5	5,67	100
PEINE	n	102	33	26	22	10	7	10	210
	%	48,6	15,7	12,4	10,5	4,76	3,33	4,76	100

Tabla 3: Sitios arqueológicos y distribución del tamaño de sus recintos.

de conservación Sólor 4 permite avanzar algunos aspectos en nuestra comprensión de esta clase de asentamientos. Su registro arquitectónico señala una dominancia de las plantas rectangulares que lo diferencia de otras agrupaciones de Campos de Sólor. Se identificó una compleja configuración en la que se distingue una estructura doméstica del tipo dormitorio-cocina, asociada a pequeños depósitos o silos. Contiguo a ésta se define un pasillo y luego un sector depresionado limitado por estructuras y por el túmulo W, lo que hace pensar en un espacio sin edificaciones a modo de un pequeño patio interior.

Al SE de Sólor 4 se ubica Sólor 12. Se trata de un conjunto menor de 168 m² con una densidad de 119 recintos por hectárea (Tabla 1, Figura 2). Está compuesto por 2 recintos de planta rectangular, muros contiguos y superficies de 14,88 m² y 34,65 m² (Tablas 2 y 3), cuyos tamaños permiten suponer se trataría de estructuras para funciones domésticas. Pese a tratarse de plantas rectangulares, las esquinas de los recintos tanto en su interior como en su exterior son redondeadas o curvas, “dobladras” al decir de Bibar, lo que podría indicar pequeñas variaciones entre las diferentes unidades domésticas. Los muros de barro plantean igualmente una regularidad en sus anchos de 0,4 m (Tabla 4). Otro aspecto interesante registrado en Sólor 12 fue la existencia de vanos a modo de puertas en los muros orientales de ambas estructuras. Estos se localizan en la esquina NE y en el segundo caso muy cercano al vértice. Están orientados a 90° con vista hacia la cadena de cerros al S del volcán Licancabur. Ambas puertas comunican a un espacio externo.

SITIOS	simple		doble		HILADA		TOTAL	APAREJO			TOTAL	MATERIALES			ANCHO	
	n	%	n	%	sr	sr		sedimentario	rústico	celular		sr	pedra	argamasa	barro/adobe	máximo
GUATIN	n	47	4	38	89	0	14	0	14	0	75	x	x	0	0,6	0,3
	%	52,8	4,5	42,7	100	0	15,7	0	15,7	0	84,3	x	0	100	0,76	0,3
VILAMA N	n	22	15	20	57	14	11	0	11	0	32	x	x	0	0,95	0,3
	%	38,6	26,32	35,09	100	24,56	19,3	0	19,3	0	56,14	x	0	100	0,95	0,3
VILAMA S	n	10	1	11	22	1	2	0	2	0	19	x	0	0	0,95	0,3
	%	45,45	4,55	50	100	4,55	9,09	0	9,09	0	86,36	x	0	100	0,95	0,3
CATARPEE	n	33	52	78	163	19	24	0	24	0	120	x	x	x	0,5	0,2
	%	20,2	31,9	47,9	100	11,7	14,7	0	14,7	0	73,6	x	x	x	0,5	0,2
CATARPE W	n	86	48	43	177	10	26	7	26	7	134	x	x	x	0,15	0,7
	%	48,6	27,1	24,3	100	5,6	14,7	4	14,7	4	75,7	x	x	x	0,15	0,7
QUITOR	n	25,4	37,3	37,3	100	3,5	56,7	0,5	56,7	0,5	39,3	x	x	x	0,13	0,8
	%	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	0	0	0	0,6	0,4
SOLOR 4	n	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	0	0	0	0,4	0,4
	%	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	0	0	0	0,5	0,4
SOLOR 12	n	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	0	0	0	0,4	0,4
	%	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	0	0	0	0,4	0,4
SOLOR 14	n	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	0	0	0	0,4	0,4
	%	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	0	0	0	0,4	0,4
SOLOR 16	n	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	0	0	0	0,4	0,3
	%	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	no obs	0	0	0	0,4	0,3
ZAPAR	n	116	8	17	141	39	76	2	76	2	24	x	x	0	1,1	0,2
	%	82,3	5,7	12,1	100	27,7	53,9	1,4	53,9	1,4	17	x	0	100	1,1	0,2
PEINE	n	157	8	45	210	0	136	17	136	17	57	x	x	0	0,7	0,12
	%	74,8	3,8	21,4	100	0	64,8	8,1	64,8	8,1	27,1	x	0	100	0,7	0,12

Tabla 4: Características de los paramentos. Se consideraron los datos registrados para los muros N de las estructuras (continúa en página 80)

Al S de Sólór 4 se localiza Sólór 14. En este conjunto se reconocieron 4 estructuras y algunas formaciones tumulares (Figura 2). Sólór 14 compromete una superficie edificada de 140 m² y una densidad de 285,7 recintos por hectárea (Tabla 1). Presenta una orientación general de 290°. Se observa una modificación del tipo de plantas, detectándose una planta subrectangular, dos irregulares y una subcircular (Tabla 2). Sobre los rangos de tamaños de los recintos, se aprecia una amplia variación que va desde los 1,8 m² hasta los 22,40 m² (Tabla 3). En el caso del tamaño mayor podría corresponder a un espacio abierto, es decir sin techumbre o parcialmente techado, a modo de patio interior, como también se distingue en Sólór-4. En el caso del recinto de menores dimensiones corresponde a una pequeña estructura de planta subcircular que funcionalmente podría constituir un silo o un repositorio funerario. Al igual que en Sólór 4 y 12, se trata de conjuntos conglomerados con recintos contiguos que comparten muros. Se repite el patrón de un conjunto doméstico formado por estructuras habitacionales contiguas a recintos menores, silos o depósitos, y asociado a patios interiores; aunque esta vez con plantas irregulares y subcirculares. En este conjunto se presentan nuevamente las esquinas curvas y en una pequeña porción de muro, una hilada simple de piedra formando parte estructural del paramento (Tabla 4).

Por último, al SW de Sólór 4 se emplaza Sólór 16. Se trata de un conjunto bastante complejo en el que se identificaron vestigios de al menos 16 estructuras (Figura 2), distribuidas en una superficie mayor de 1.296 m² y una densidad de 123 recintos por hectárea (Tabla 1)⁷. Se observaron plantas rectangulares e irregulares (Tabla 2) con superficies variables entre los 4 y los 36 m² (Tabla 3). En este conglomerado se repiten las características de los conjuntos previos sobre la existencia de muros colindantes formando verdaderos complejos habitacionales. Otra evidencia de interés que se expone en Sólór 16, es la presencia de un largo muro perimetral que acotaría la unidad, de cerca de 12 m de extensión. El ancho de los paramentos presenta un promedio de 0,3 m (Tabla 4). Asimismo, se confirma la existencia de diferentes tipos de recintos, uno de ellos correspondiente a unidades habitacionales y un segundo a espacios abiertos como patios interiores. Igualmente, se reitera la ubicación de los vanos en las paredes orientales de los recintos habitacionales.

Sistemas estancieros

Pese a no haber sido descritos explícitamente, desde los primeros trabajos se encuentran referencias a lo que hoy conocemos como sistemas estancieros. En opinión de Latcham:

...las habitaciones se pueden dividir en dos grandes clases; las que se construían en grupos unidos y las independientes, aisladas de las demás, como las que se diseminaban por los campos, cada una en su pequeño predio, tal cual se encuentran hoy. Los grupos comunales, ahora completamente abandonados, pero cuyas ruinas se encuentran en muchas partes del territorio, eran parecidos a los que se encuentran en el valle Calchaquí y en otras regiones del noroeste argentino, como igualmente en el Perú y en Bolivia (Latcham, 1938: 81).

Una situación similar es la que encontramos en Le Paige (1958), quien menciona pueblos constituidos por una serie de casas separadas unas de otras, pero flanqueadas por uno o dos corrales y pueblos cuyas casas están construidas sobre sus propios campos de cultivo muy distantes unas de otras, que bien podrían corresponder a las estancias.

Es en los trabajos del Loa donde comienzan a integrarse los asentamientos estancieros en la dinámica del Intermedio Tardío, seguramente como resultado de la fructífera perspectiva etnoarqueológica desarrollada en la subregión del río Salado. Así, en la periodización propuesta para el Pucara de Turi se sugiere una primera fase, Turi 1, caracterizada por un patrón estanciero, con un “patrón de vida agroganadero similar al existente hoy en la región, con estancias dispersas en la vega” (Aldunate, 1993: 71).

Castro y Martínez (1996: 74) definen este patrón para tiempos etnográficos como disperso, articulado en torno a un núcleo aldeano central y varias localidades menores de uso agrícola como ganadero, dependientes del primero. Las estancias se ubican generalmente en pisos ecológicos más altos, sobre los 3.000-3.200 msnm, y se encuentran dedicadas al pastoreo y/o a la agricultura. La dispersión espacial es una de sus características, aunque en algunos sectores ecológicos privilegiados logran constituir verdaderos caseríos. Las aldeas o pueblos, en cambio, presentan un importante grado de nucleamiento y se encuentran vinculadas principalmente a actividades agrícolas. Esta situación implica la ocupación de un amplio espacio productivo que permite el acceso a recursos diversificados y ubicados a una distancia relativamente corta. Siguiendo a los autores “la lógica del sistema es tratar de diversificar y complementar al máximo los recursos productivos de manera de enfrentar en las más óptimas condiciones las características restrictivas de la ecología” (Castro y Martínez, 1996: 76).

Otra característica significativa de este sistema, identificada en los estudios etnográficos, es la importancia social y ritual de los núcleos aldeanos a los que se adscriben diversas estancias y sus habitantes. En estos pueblos se realizan en la actualidad festividades y celebraciones religiosas que convocan y congregan a la comunidad, a la vez que actualizan sus relaciones sociales y económicas. Asimismo, es en torno a estos poblados donde se ubican sus cementerios, que constituyen otro espacio de comunión para sus pobladores al ser la morada definitiva de sus antepasados.

Arqueológicamente hemos caracterizado este patrón en diferentes sitios de la subregión del río Salado (Adán 1996, 1999). Durante la Fase Turi 1 (900 DC al 1200 DC) el asentamiento es ocupado con una baja intensidad. Se observa un uso de carácter habitacional en el sector central del asentamiento, en el sector NE y en algunos sectores bajos occidentales. Tanto la distribución de las fechas como la dispersión de los recintos al interior del sitio indican que éste no sería ocupado intensamente, situación que se confirma además por la ausencia de densos basurales. Un rasgo singular de estas ocupaciones es la menor variabilidad funcional detectada en comparación con momentos posteriores. Se distinguen recintos habitacionales, depósitos, áreas usadas como basurales y corrales. También se registró desde estas tempranas épocas la presencia de ofrendas o waki fundacionales al interior de las viviendas, reflejando la sacralización de los espacios domésticos (Adán 1996: 236-237).

En Caspana el estudio de los sistemas de asentamiento durante el Intermedio Tardío señala que la dinámica social y económica de sus antiguos habitantes se habría articulado entre sitios conglomerados o aglutinados como Talikuna y estancias de uso agrícola como Mulorojte (Adán, 1999). Ambas clases de sitios reproducen el concepto de habitar el lugar productivo, condición que posteriormente cambia con la arquitectura Tardía, y se articulan en un sistema donde la estancia finalmente debe remitir a un asentamiento mayor que congrega y al cual se pertenece. No obstante, se trata igualmente de un problema de escala ya que:

...no son sólo dos los asentamientos o las clases de sitios, así es probable que Talikuna desde otro nivel de observación haya constituido una estancia agrícola de Caspana. Ciertamente, faltan los datos arqueológicos y preguntas sobre aspectos de la organización social de estas poblaciones para respuestas más concluyentes; sin embargo, es de interés percibir los asentamientos particulares como formando una malla y la necesidad de considerar que las estrategias de este habitar se desarrollaron en diversos lugares (Adán, 1999: 30).

Guatín ejemplifica esta clase de asentamiento en el Salar de Atacama. Corresponde a un sistema estanciero de orientación agrícola ocupado continuamente desde fines del período Medio hasta la actualidad, acusando el acceso a recursos diversificados y no una exclusiva dependencia productiva del oasis. Un elemento fundamental en la comprensión de la naturaleza de este asentamiento y su relación con otros contemporáneos tiene relación con su emplazamiento asociado a dos importantes recursos hídricos. Efectivamente, los ríos Puripica y Puritama dan origen en este sector al Vilama de importancia fundamental para la ocupación de los oasis. Otro rasgo ambiental relevante está dado por su localización a mayor altura, en un enclave usado hasta hoy como estancia agrícola, y vinculado a numerosas quebradas altoandinas como Puripica, Puritama y Chaxas, cuya exploración seguramente proveyó a los habitantes del asentamiento de otra fuente de recursos de caza.

La estancia se encuentra emplazada 25 km al norte de San Pedro de Atacama, a una altura de 3.100 msnm, en el sector de confluencia de los ríos Puripica y Puritama (Figura 1). El asentamiento fue trabajado sistemáticamente a principios de 1970 por los investigadores Ruben Stehberg y George Serracino (Serracino, 1974; Serracino y Stehberg, 1974; Stehberg 1974). Sus resultados son un aporte sustancial al estudio del Intermedio Tardío en Atacama y es lamentable la escasa atención que recibieron estos escritos en investigaciones posteriores.

Sobre la base del análisis alfarero (Serracino, 1974), se estableció que se trataría de un sitio de la época tardía preincaica. Los autores distinguieron una ocupación más temprana caracterizada por el tipo Negro Engobado o Dupont y una más tardía donde la cerámica dominante es la Roja Violácea. También se informó la presencia de cerámica del período Medio en todas las recolecciones superficiales aunque sin posibilidades de relación con la arquitectura del sitio (Serracino y Stehberg, 1974: 9).

En su análisis, Stehberg (1974) presentó una clasificación de los 42 conjuntos en la que identifica tres categorías. La primera corresponde a asentamientos localizados al pie de loma. En términos arquitectónicos y funcionales se caracterizan por dos o tres estructuras de planta rectangular, la presencia de corrales grandes y pequeños, y campos de cultivo a escasos metros, cuya cerámica indica una ocupación subactual. La segunda categoría se define por la presencia de campos de cultivo construidos siempre en el fondo de los lechos secos de esteros o aluviones, mientras las estructuras habitacionales lo hacen en la ceja del lecho. Los campos son de forma alargada y se registra la presencia de un canal de regadío que habría conducido las aguas del Puripica. Las estructuras habitacionales se localizaron preferentemente en el borde sur del campo. El patrón de los recintos habitacionales consta de dos recintos adosados, uno semicircular y otro rectangular. Entre el material cerámico superficial dominan los tipos tardíos “rojo violáceo y sus variantes”, mientras que en las excavaciones se identifica un primer estrato con alfarería Negra Engobada. La tercera categoría incluye estructuras construidas en superficie plana y se diferencian tres ocupaciones a juzgar por su alfarería; la Negra Engobada, la Roja Violácea y la Colonial.

Nuestra sistematización del sitio Guatín reconoció 24 conjuntos formado cada uno de ellos por campos de cultivo acotados con piedras y un número variable de recintos domésticos, excluyendo aquellas agrupaciones que no tienen estructuras habitacionales. Los conglomerados fueron señalados con letras siguiendo una orientación N-S/E-W, y posteriormente los recintos se enumeraron. La inspección en terreno informó la existencia de 89 recintos distribuidos en una superficie aproximada de 96 ha, lo que define un patrón poco aglutinado con una densidad de 0,92 recintos por hectárea (Tabla 1). Los recintos se levantan en un plano levemente inclinado, modificado sucesivamente por las avenidas de los ríos. Sumado a lo anterior, el asentamiento presenta evidentes huellas de haber estado sujeto a continuas modificaciones de su arquitectura debido a la reiterada y continua ocupación.

Los 24 conjuntos presentan distintas configuraciones. En la mayoría de los casos cumplen con el patrón de recinto doméstico asociado a campos de cultivo. El número de recintos de cada sector varía entre uno y diez recintos; las estructuras domésticas entre uno y cinco recintos con una media de 2 recintos y los campos de cultivo entre 1 y 9 con una media de 2,5 recintos por conjunto. La forma de planta en los recintos domésticos⁸ es bastante heterogénea. Las formas dominantes son las subrectangulares con un 23,7% y la irregular en un 15,8% de los casos (Tabla 2). Por su parte, los campos de cultivo son mayoritariamente subrectangulares y rectangulares.

Los tamaños de los recintos domésticos oscilan entre los 2,43 y los 41,47 m². Más de la mitad de este conjunto presenta superficies entre los 9 y los 20 m² (Tabla 3). Se reproduce el patrón de un recinto mayor a modo de dormitorio-cocina, con uno menor adosado, de funcionalidad variable (“cuyeras”, “chiqueros”, áreas de conservación de alimentos, u otros) (Adán, 1996). Los campos de cultivo presentan dimensiones variables entre los 50 m² y los 2.400 m² (Tabla 3). Estos se construyeron principalmente en el

plano y en algunos casos en taludes con sistema de terrazas. Se presentan frecuentemente subdivididos por hileras de piedra formando melgas de menores dimensiones con anchos entre los 2 y 4 m. Se registró, además, la presencia de canales cuyos anchos varían entre los 0,3 y 0,8 m.

Los muros de estructuras domésticas y campos de cultivo fueron construidos con piedras en estado natural, tanto piedras angulares como bolones de río, y no hay evidencias del uso de argamasa. Probablemente ésto se deba al mal estado de conservación del sitio y a las sucesivas prácticas de curaduría dada la continua ocupación. En algunos casos se usaron afloramientos rocosos como soportes para las edificaciones y se documentó, también, el empleo de piedras de mayor altura, a modo de pilares, con litos de menores tamaños entre éstos. Los tipos de muros son mayoritariamente simples y el aparejo dominante es de tipo rústico (Tabla 4). Se registraron 7 vanos distribuidos en 6 conjuntos, todos ellos correspondientes a accesos de recintos en los que se han conservado parcialmente las jambas. Los vanos se localizan preferentemente en los muros S de las estructuras y su ancho promedio es de 40 cm.

El patrón general de Guatín es característico de un sistema estanciero donde coexisten diversas unidades domésticas, que ocupan el lugar con el propósito de desarrollar una agricultura de mayor altura y probablemente caza en la lógica de la complementariedad de recursos. Como se ha indicado, esta clase de asentamiento se encuentra directamente relacionado con alguna localidad principal o núcleo social, económico y ritual, reconocido por los habitantes de las estancias quienes pueden permanecer en estas últimas gran parte del año. Actualmente, el núcleo cercano de mayor importancia es San Pedro de Atacama, pero es posible que en tiempos prehispánicos sus antiguos habitantes se hayan vinculado a ocupaciones del sector oriental contiguas al río Vilama (Latham, 1938).

Arquitectura de emplazamiento estratégico en sectores altos

Sin lugar a dudas el Pucara de Quítor o de San Pedro de Atacama ha sido referencia obligada en toda investigación arqueológica o histórica de la región atacameña. Diferentes autores han reiterado descripciones, constituyendo a este asentamiento en el modelo de arquitectura defensiva, construida por los atacameños para resistir el avance de las poblaciones altiplánicas, aymaras o peruanas. Esta hipótesis se ha mantenido vigente sin mayor discusión hasta nuestros días privilegiando un enfoque que ha puesto mayor atención a los procesos externos que a la dinámica interna de la sociedad atacameña (Bittman *et al.*, 1978; Latham, 1938; Le Paige, 1958; Montandón, 1950; Mostny y González, 1954; Núñez, 1992).

Una de las más tempranas descripciones es la que encontramos en Gerónimo de Bibar (1966 [1558]), quien además es el primero en proporcionar la idea de la existencia de dos clases de asentamientos contemporáneos: la aldea de tiempos de paz, conformada por casas de adobe y dobladas junto a los sitios de funciones defensivas. Consecuentemente, se configura desde tiempos tempranos el modelo de ocupación pacífica en los valles con

presencia de arquitectura doméstica, al modo de Campos de Sólór, y la arquitectura de los pucarás para los tiempos de guerra.

Siglos después R.A. Philippi (1860) en su clásico *Viaje al Desierto de Atacama* describe el Pucara de Quítor, reflejando la influencia de la tradición oral:

...Se dice que los atacameños se retirasen en este lugar a la llegada de los españoles, y que se defendieron por algún tiempo en esta situación ventajosa; era por consiguiente una de esas antiguas fortalezas colocadas en la cima de los cerros como las había mucho en el alto Perú donde se llamaban Pucará (Philippi, 1860: 61).

El modelo pueblo de paz/pueblo de guerra con el que se ha caracterizado la historia del Intermedio Tardío en Atacama, se basa por consiguiente en la ocurrencia de esta clase de asentamientos que se han constituido en el elemento clave de estas interpretaciones. Tal esquema tiene directa relación con algunas ideas clásicas sobre el origen y desarrollo del período Intermedio Tardío -caída de Tiwanaku, crisis ambiental, pugna por espacios ecológicos y desplazamiento de poblaciones altiplánicas-, que ha sido aplicada a la historia prehispánica regional. Se ha privilegiado la comprensión del impacto de las fuerzas externas sobre la sociedad atacameña, más que entender la dinámica interna de esta comunidad, generando una idea de una cultura atacameña homogénea que debe defenderse, al modo de una nación, de los ataques de los aymaras. Un claro ejemplo de estas ideas lo expresa Montandón (1950) quien afirma que:

...los pueblos y ciudades, por ellos levantados, representan un símbolo, denuncian un sentido de nación, un concepto de unidad política, social, religiosa y militar, es decir algo que los eleva al rango de pueblo organizado, de cultura propia aunque enriquecida por aportes externos... La existencia de pucarás en Lasana, San Pedro, Turi, Ayquina, Caspana y Toconce y la ausencia de estos pueblos fortificados fuera de esta zona bien delimitada, hace suponer el deseo de defender un patrimonio territorial e indica también el establecimiento en esa zona del núcleo fuerte y posiblemente solitario de los atacameños, tomados como unidad étnica, política, religiosa y social (Montandón, 1950: 15).

El Pucara de Quítor ubicado a 3 km de la Plaza de San Pedro de Atacama se levanta sobre un inclinado talud que forma parte de la Cordillera de la Sal. Su localización tiene relación no sólo con el río San Pedro sino también con una antigua ruta de tráfico ocupada en el período Tardío por poblaciones incaicas.

Sin perjuicio del carácter estratégico y defensivo del sitio, la alta densidad de materiales superficiales, junto con la configuración de los conjuntos domésticos hace pensar en una ocupación permanente. El asentamiento exhibe técnicas constructivas de aterramiento y contención propias de la ocupación de quebradas junto a una significativa presencia de estructuras tipo chullpa. Estos rasgos arquitectónicos lo asemejan a aldeas quebradeñas como Zapar, Peine y otras del río Loa y lo vinculan a la Tradición Altiplánica o de Tierras Altas.

Se identificaron 201 estructuras⁹ distribuidas en una superficie aproximada de 17.400 m², lo que otorga una densidad de 115,5 recintos por hectárea (Tabla 1). Las características de la superficie donde se edificó el asentamiento hicieron necesaria la aplicación de técnicas constructivas de aterramiento y contención, conocidas por los habitantes de quebradas y comunes a habitaciones y sistemas de cultivo. Las más de 200 estructuras del asentamiento se distribuyen formando 51 conglomerados separados por vías de acceso y espacios entre-recintos (Figura 3).

Como ha señalado Muñoz (1984) la forma dominante de las plantas es aquella de trazo ortogonal, lo que confiere al pucara un claro aspecto tardío. Las estructuras subrectangulares alcanzan un 26,37% de la muestra, mientras que las cuadrangulares y rectangulares suman un 18%. Les siguen en popularidad las habitaciones de planta irregular que representan un porcentaje del 22,39% (Tabla 2). En cuanto a los tamaños, dominan básicamente dos categorías, aquellas muy pequeñas hasta los 5 m² que reflejan el patrón constructivo tipo chullpa y construcciones menores al modo de cistas; y otras de carácter doméstico entre los 10 y los 40 m² que comprometen diferentes tipos de estructuras como dormitorios-cocina, patios interiores, recintos sin techar a modo de ramadas y otros. Estructuras de grandes dimensiones presentan una baja frecuencia, 12%, y probablemente integren recintos como plazas, espacios de uso comunal o corrales (Tabla 3).

Los muros son mayoritariamente dobles, de aparejo rústico y aplomado (Tabla 4). Se identificaron 72 vanos, correspondientes a accesos, distribuidos en 62 recintos. Tienen formas rectangulares y conservan parcialmente jambas y, en algunos casos, dinteles y alféizar. Los accesos se distribuyeron principalmente en los muros N y E. Otro tipo de vanos registrados son las troneras, las que se ubican principalmente en los recintos bajos y en torno al muro perimetral.

Las referencias sobre el Pucara de Vilama son escasas. Latham (1938) informa escuetamente sobre su existencia vinculada a Vilama Aldea, pese a que lamentablemente no lo visita. Posteriormente, Le Paige (1958) describe Vilama como un pueblo muy antiguo localizado sobre una meseta aislada dominando el río Vilama; correspondería a la “primera de dos fortalezas con casa central protegida por otras a su alrededor” (Le Paige, 1958: 34). Ambos pueblos se encuentran amparados por las quebradas, pues se encuentran “sobre una pequeña meseta desprendida, por todos los costados menos por uno muy angosto de acceso, defendido por una muralla” (Le Paige, 1958: 34)

El Pucara de Vilama se emplaza al N de San Pedro de Atacama, en las cercanías de la antigua azufrera del mismo nombre sobre dos mesetas altas escarpadas y de difícil acceso (Figura 1). Se trata de un lugar estratégico en el cual es posible la canalización del río y su drenaje hacia el S, permitiendo el control y una completa visibilidad sobre este recurso.

Lo que se ha llamado Pucara de Vilama se compone de dos sectores o sitios, Vilama Norte y Vilama Sur. Se encuentran separados por la quebrada seca que hemos señalado y se han edificado en una planicie levemente inclinada. Ambos sitios fueron circundados por un muro doble con relleno y troneras y en el caso de Vilama Norte, aún se preservan al interior del muro concentraciones de piedras o proyectiles.



Figura 3: Levantamiento topográfico Pucara de Quito.

Vilama Sur está compuesto de 22 estructuras de piedra, las cuales se distribuyen en una superficie aproximada de 2.010 m² con una densidad de 110 recintos, organizados en 9 conglomerados (Tabla 1, Figura 4). Los recintos tienen principalmente plantas irregulares (35%) y subrectangulares (Tabla 2). Se registró en dos casos el uso de un recurso complejo de “entrada vestibular”, detectado en el Pucara de Turi, en el Pucara de Quítor y con algunas variantes en Talikuna. La construcción de las estructuras en una superficie levemente inclinada, determinó que en algunos sectores los recintos aterracen ligeramente el terreno. Respecto de los tamaños, más de un 50% de los recintos se concentra entre los 10 y 20 m², dando cuenta de una escasa variabilidad morfofuncional en la que no están representados los recintos menores a 5 m² (Tabla 3). Los muros son en su mayoría de hilada simple de piedras y de tipo aéreo. El aparejo dominante es de tipo sedimentario sin la presencia de mortero (Tabla 4). Algunos recintos occidentales presentaron un muro fundacional revestido que configura una hilada doble lo que indican poblaciones que conocen técnicas de mayor complejidad. Otro rasgo característico lo constituye el uso de piedras estructurales, como en Guatin, dispuestas al modo de pilares que permiten una mayor resistencia al recinto y otorgan un claro elemento de diseño.

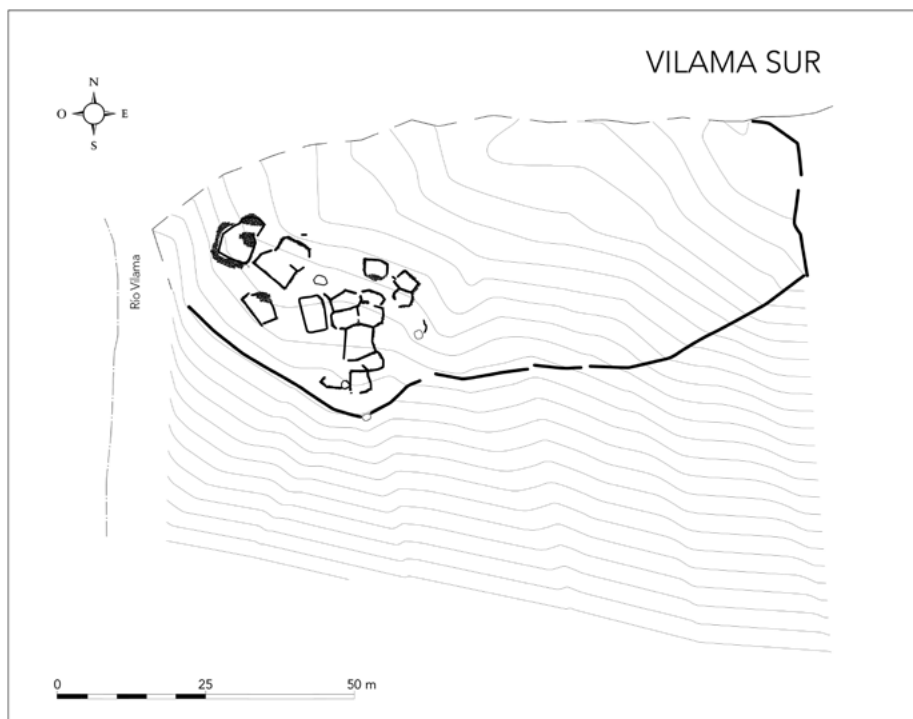


Figura 4: Levantamiento topográfico Pucara Vilama Sur.

Se registraron vanos en 10 estructuras correspondientes a puertas localizadas indistintamente en los muros. En su mayoría, están definidas por la conservación de las jambas y comunican a espacios abiertos, sin evidencias claras de comunicación interna en los conjuntos. Debe mencionarse, por último, el hallazgo de un alero, descendiendo por el sector W del conjunto, con evidencias de arte rupestre adscribibles al estilo La Isla (Berenguer *et al.* 1985).

En una clara distribución dual, Vilama Norte se emplaza en la meseta contigua tras la quebrada Seca. La superficie presenta una leve pendiente cuyos límites están definidos al N, W y S por laderas abruptas. El sitio se compone de 57 recintos que se organizan en torno a 12 conglomerados, flanqueados al NE por un imponente muro doble. El conjunto ocupa una superficie de 0,44 ha, y proporciona una densidad de 129 recintos por hectárea, mayor que en el sector Sur (Tabla 1, Figura 5). Las formas de planta más frecuentes son las irregulares y las subrectangulares con un 24,56% y un 22,81% respectivamente (Tabla 2). El tamaño de las superficies se concentran entre los 2,57 m² y los 46,36 m² (Tabla 3). Se observa una presencia similar de recintos entre los 10 y los 40 m², y una significativa ocurrencia de recintos pequeños, ausentes en Vilama Sur. Se registra una interesante frecuencia de muros dobles edificados con piedras del lugar o cercanas, empleadas en su estado natural (Tabla 4).

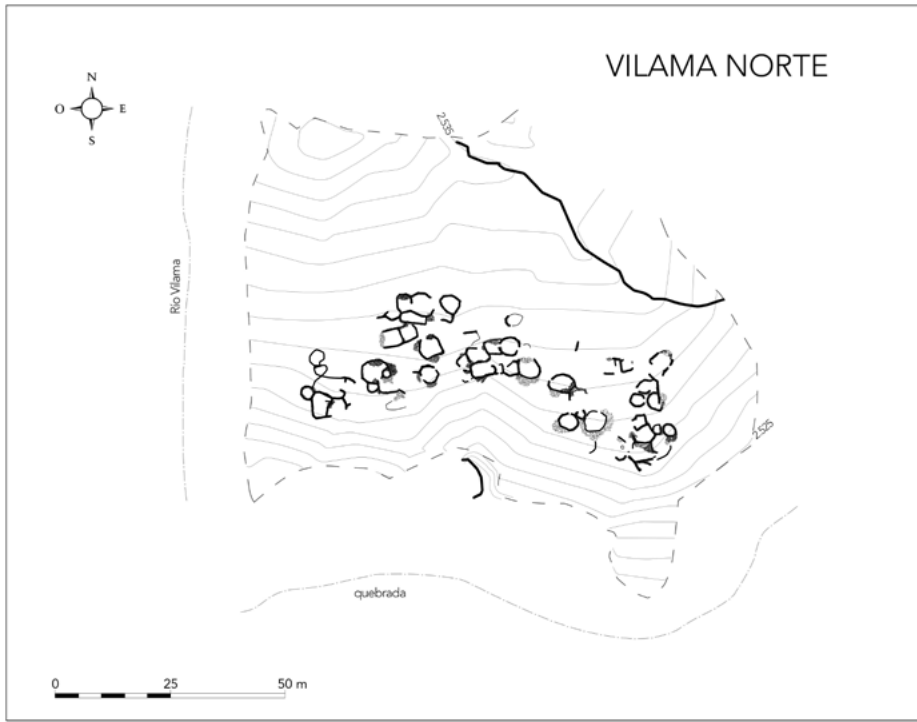


Figura 5: Levantamiento topográfico Pucara Vilama Norte.

A partir de estos datos y de la observación del plano, se aprecia la configuración de conjuntos, funcionalmente asociados, en los cuales se aglutinan recintos de diferentes dimensiones que corresponderían a diferentes usos. El asentamiento acusa un mayor énfasis doméstico, ya que se distinguen recintos habitacionales y depósitos, junto a morteros reusados en los paramentos. Pese a presentar un patrón más complejo aún no está representada la completa variedad funcional de los asentamientos tardíos a modo de aldeas, y se destaca la baja ocurrencia de patios interiores, plazas y corrales.

El sitio comparte algunos rasgos con Vilama S como el uso de piedras estructurales, muros “revestidos” y aterrazamientos. Pese a ésto, Vilama N se comporta como un conjunto más complejo con definición de unidades domésticas e indicios de permanencia y desarrollo de actividades productivas. Vilama S, con un carácter más expeditivo, protege el flanco oriental río abajo. A modo de conjunto, Vilama N y S definen un asentamiento con áreas complementarias: Vilama N con una mayor variedad morfofuncional, similar a un patrón con funciones domésticas, en tanto que Vilama S cumpliría funciones estratégicas asociadas al recurso hídrico.

Arquitectura aglutinada en ámbito de quebradas

Los asentamientos de tierras altas corresponden a aldeas aglutinadas próximas a espacios productivos agrícolas o ganaderos, emplazadas en quebradas tanto en sus taludes como en mesetas. Se trata de un estilo constructivo que emplea la piedra y que presenta una importante profusión de estructuras “tipo chullpa”, lo cual lo vincula con el Complejo Toconce-Mallku (Aldunate y Castro, 1981). Esta arquitectura forma parte de una Tradición Altiplánica o de Tierras Altas definida por la apropiación de elementos de diseño propios de las regiones altiplánicas, por la aplicación de tecnologías apropiadas a los ambientes quebradeños y por una organización social y un sistema de asentamiento que permiten la autonomía de las comunidades que habitan estos ambientes (Adán, 1999; Castro, 1992; Schiapacasse *et al.*, 1989; Uribe y Adán, 1995).

La ocupación y explotación de los sistemas de quebradas es posible gracias al conocimiento y uso de procedimientos de construcción de viviendas emparentados con tecnologías agrohidráulicas (Adán y Uribe, 1995; Uribe y Adán, 1995). La aparición de asentamientos habitacionales en estos espacios durante el Intermedio Tardío, responde a la necesidad de acceder a nuevos espacios productivos. Esta arquitectura de Tierras Altas expresa una identidad altiplánica que confiere mayor diversidad al patrón de asentamientos del período (Adán, 1999; Aldunate, 1993; Aldunate y Castro, 1981; Ayala, 2000; Castro *et al.*, 1993).

Una característica interesante de la expresión de esta arquitectura en San Pedro de Atacama es la fusión de elementos altiplánicos y otros típicamente atacameños como se observa en los asentamientos de Zapar y Peine que describiremos a continuación. Los primeros corresponden a la presencia de estructuras tipo chullpa, distanciadas de los espacios domésticos tal como se observa en Turi y en Likán (Adán, 1996; Aldunate, 1993; Aldunate y Castro, 1981; Castro *et al.*, 1993), así como insertas en las unidades habitacionales como ocurre en Talikuna (Ayala, 2000). Junto a ello, se aprecia la recurrente presencia de tumbas en cistas al interior de los conjuntos domésticos, como un rasgo característico de sitios típicamente atacameños como el Pucara de Quítor (Mostny, 1949; Tarragó, 1989)¹⁰.

El sitio Aldea de Zapar se localiza en la quebrada homónima, al N de Toconao y a 32 km de San Pedro de Atacama (Figura 1). En la clasificación de Mostny (1949) se la incluye en la categoría de “pueblo viejo”, cuya característica principal es la ausencia de un muro defensivo. En esta variedad:

...faltan los muros de defensa, las construcciones se extienden sobre áreas más grandes, dejando entre sí espacios desocupados. Los campos de cultivo están cerca y por lo que hemos podido ver, los pueblos son más pequeños que los pucarás. Esto estaba quizás en relación con el espacio disponible para el cultivo. Suponemos que quizá varios pueblos chicos tenían un pucará en común, en el cual se retiraban en caso de peligro o en las épocas del año en las cuales no tenían que trabajar en los campos (Mostny, 1949: 197).

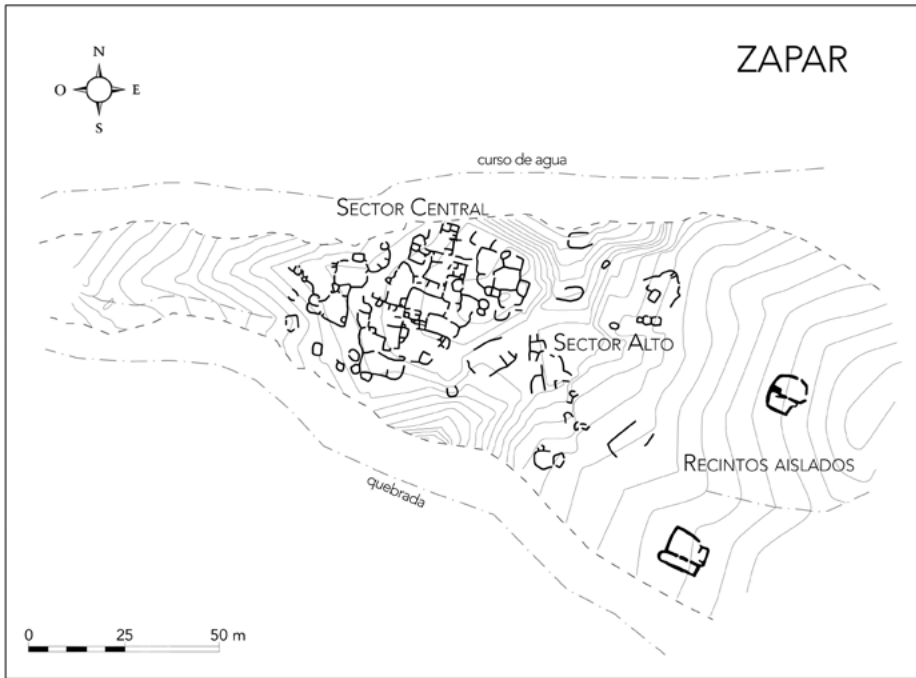


Figura 6: Levantamiento topográfico Aldea de Zapar.

Para Le Paige (1958), Zapar es el “pueblo más típico, hijo de los pucaras” (1958: 32), aunque anterior a la época atacameña-indígena. Tanto en éste como en Quítor, el autor observa la modalidad de enterrar a los muertos al pie de las murallas en el interior o exterior de las viviendas. En tanto que para Núñez (1992) el sitio es mencionado como un pueblo fortificado o pucara. Estos se ubicarían en Turi, Lasana, Toconao, Quítor, Vilama y Zapar delimitando el espacio fronterizo de los señores atacameños. Durante estos momentos se observaría una “mayor preocupación por cautelar y defender la población y la riqueza, junto a fortalezas más confiables para los señores y sus servidores más cercanos” (Núñez, 1992: 61).

El asentamiento se encuentra formado por 141 recintos distribuidos en una superficie de 8.400 m², organizados en dos sectores (Tabla 1). El núcleo se construyó sobre el plano, mientras que al oriente, hacia un sector más alto sobre una formación rocosa, se edificó un visible conjunto de estructuras de patrón constructivo tipo chullpa. Un tercer sector está definido por algunos recintos aislados en el talud (Figura 6).

Entre el sector alto y el conjunto doméstico sobre la meseta se encuentra un acceso que asciende desde la quebrada, al cual hemos denominado acceso N. Al arribar a la aldea se identifica un conjunto chullpario doble compuesto por dos unidades aisladas que se enfrentan en una pequeña plaza y que ocupan un promontorio central. En el extremo W del sector central se dispone otra considerable agrupación de esta clase de estructuras, de

tal manera que la aldea queda limitada en ambos extremos por estas construcciones. En este último sector se distingue otro acceso al cual hemos asignado el nombre de acceso W. Éste es referido por Mostny (1949), quien además se detiene en los grabados que se ejecutaron en este lugar.

Los recintos se agrupan formando 27 conglomerados en un sentido W-E/N-S dentro de un patrón sumamente aglutinado. Las formas dominantes de las plantas son las rectangulares, subrectangulares e irregulares. Estas últimas representan un 32,62% de la muestra. Por su parte, las formas subrectangulares y rectangulares ascienden a un 35,47% (Tabla 2). Las superficies de los recintos oscilan entre los 0,40 m² y los 55,12 m² y se agrupan mayoritariamente en recintos muy pequeños hasta los 5 m² (Tabla 3). En relación con los muros, se observa un claro dominio de la hilada simple. Es recurrente, además, el uso de una argamasa cenicienta con alto contenido orgánico, piedras y cerámica fragmentada. El tipo de aparejo más frecuente es el rústico, seguido del sedimentario, las piedras se usaron en su estado natural y se registra escasamente el trabajo de desbaste y canteo (Tabla 4). Ocasionalmente, se observa el empleo de morteros agotados como elementos de edificación. Se registró la presencia de vanos en 56 estructuras, 43 de las cuales conservan un vano correspondiente a las “ventanas” de los recintos tipo chullpa. Un número importante conserva jambas y dinteles contruidos en piedra y su orientación cardinal es variable, sin registrarse a la fecha un patrón determinado.

Un interesante rasgo constructivo es el uso de piedras estructurales y el socavamiento de la roca madre con el propósito de aterrizar la superficie y darle sustento a algunos paramentos. También es destacable la presencia de un imponente muro curvo en el recinto 91 que logra mayor altura con la intervención de la roca madre. El vano de acceso a esta unidad exhibe un perfil, a modo de jamba, edificado con piedras desbastadas y canteadas organizadas en un aparejo sedimentario. Aparte de los mencionados, otros rasgos arquitectónicos típicamente tardíos son la construcción en una meseta plana, la dominancia de plantas subrectangulares, la significativa ocurrencia de muros dobles y la presencia de estructuras chullparias dobles en un sector central, marcando un sentido de dualidad en un punto destacado del conjunto.

Indudablemente, la característica más significativa del asentamiento, es la presencia de estructuras de pequeñas dimensiones y variadas formas de planta correspondientes a lo que se ha llamado “patrón constructivo tipo chullpa”. Ellas comprenden 83 estructuras, lo que significa un 58,86% del total de los recintos. Como resultado de lo anterior, tan sólo 26 estructuras (18,43%) tienen características domésticas o habitacionales, lo que singulariza este asentamiento a un nivel regional, superando inclusive la frecuencia de chullpas registradas en Likán donde éstas alcanzan un 35%¹¹.

En el interior de los recintos se observaron restos óseos humanos, acompañados de materiales orgánicos como frutos de recolección y productos agrícolas. En algunas estructuras se determinó la existencia de restos óseos de más de un individuo y, adicionalmente, se registraron algunos huesos con pigmentos rojos así como manos de moler con el mismo material. Tales evidencias hacen pensar en un tratamiento fúnebre

complejo, en el que tiene lugar una constante relación con los difuntos y, alternativa o complementariamente, que estas chullpas constituyen entierros secundarios. Algunas de estas estructuras fueron usadas como depósitos o silos, a juzgar por su proximidad a unidades habitacionales con importantes concentraciones de actividades de molienda y a la abundancia de restos vegetales que aún conservan.

Este patrón constructivo presenta una importante variabilidad en la cual es posible identificar estructuras aisladas y separadas del sector doméstico¹²; conjuntos de chullpas separadas del espacio doméstico o núcleo¹³; cistas localizadas en las esquinas de ciertas estructuras configurando verdaderos “mausoleos”; cistas contenidas en espacios entre-recintos; estructuras tipo chullpa adosadas a recintos mayores al modo de pequeñas plazas¹⁴, y chullpas localizadas en espacios entre-recintos.

La alta frecuencia de esta clase de construcciones en Zapar, plantea un carácter especial del asentamiento ligado a la convivencia y al culto a los antepasados. La aldea con seguridad contó con una escasa capacidad habitacional constante y debió estar dedicada al desarrollo de actividades religiosas, aglutinadoras social y culturalmente, que remiten a una tradición de quebrada y al sistema estancia-pueblo viejo. La aldea en su conjunto reproduce conceptualmente la hipótesis funcional descrita para las chullpas en Likán en cuanto adoratorios vinculados al culto a los antepasados (Aldunate y Castro, 1981), y se traslada la ocurrencia de estas prácticas de un nivel familiar a otro más bien comunal.

La aldea de Peine, por su parte, igualmente es objeto de la atención de Grete Mostny (1949), quien provee una caracterización general en la que se enuncian los elementos básicos que reproducen trabajos posteriores (Le Paige, 1958; Mostny y González, 1954). La investigadora observa un patrón con escasas construcciones debido al posible reuso de los materiales, en el que destacan rasgos arquitectónicos hispanos como grandes recintos rectangulares, techo a dos aguas y la presencia de una iglesia. Señala, además, la existencia de un gran número de “silos” y la existencia de cistas. Su caracterización concluye con dos interesantes observaciones respecto a la naturaleza del asentamiento. Por una parte y siguiendo su clasificación de las ciudades atacameñas en tres tipos, señala que es difícil dilucidar si Peine fue un pucara o un pueblo viejo debido al proceso de curaduría que ha afectado al asentamiento. A pesar de esto, se inclina a pensar que se trata de la segunda clase:

...aparentemente Peine era uno de los pueblos importantes a lo largo del camino del Inca, que ha sido habitado cuando vinieron los españoles y que siguió siendo ocupado también después de la conquista, como lo demuestra la iglesia en medio de las ruinas (Mostny, 1949: 193).

En segundo lugar, observa que los actuales habitantes de Peine cuentan con otras residencias en Tilomonte donde se localizarían la mayor parte de sus sistemas de cultivo y habitarían durante la época de los trabajos agrícolas. Lo anterior corresponde a la reproducción del patrón estanciero etnográfico, que probablemente tenga su correlato arqueológico como ha sido descrito en otras localidades.

En un trabajo posterior, Mostny y González (1954) destacan que el sitio arqueológico se ubica en una posición estratégica al lado de una importante ruta de tráfico, lo que expuso al pueblo a las influencias incaicas y luego a la dominación española. En opinión de los autores, Peine exhibe un conjunto de rasgos culturales de tres diferentes etnos “el antiquísimo atacameño en su base, sobre el cual hay una liviana capa de elementos incásicos y últimamente y siempre cobrando mayor importancia los elementos traídos por los europeos...” (Mostny y González, 1954: 102-103).

El sitio, al igual que Zapar, se emplaza en un ámbito de quebradas que comienzan a ascender hacia las cumbres andinas. Se ubica contiguo a la actual localidad de Peine, en el extremo meridional del salar, 120 km al Sur de San Pedro de Atacama y a una altura aproximada de 3.000 msnm (Figura 1). Peine tiene fundamental relevancia puesto que constituye uno de los últimos asentamientos humanos antes de ingresar al Despoblado de Atacama, característica que debió ser valorada durante todos los momentos prehispánicos tardíos y reforzada por la política de extensión política y territorial del Tawantinsuyo.

El asentamiento fue edificado en una meseta, limitada por pequeñas quebradas secas que definen una planicie levemente inclinada. Se registraron 210 recintos edificados en piedra, distribuidos en una superficie aproximada de 1,6 ha lo que entrega una densidad de 131,2 recintos (Tabla 1). Las estructuras se construyeron siguiendo la orientación longitudinal de la meseta en un sentido W-E. En su extremo occidental se definen los elementos arquitectónicos iglesia y calle, que han servido para caracterizar la ocupación hispana colonial del asentamiento.

A partir de las formas de plantas se distingue un evidente trazado ortogonal que compromete a un 45% de los recintos (Tabla 2). Las superficies oscilan entre los 0,46 m² y los 232,50 m² (Tabla 3). Se distinguen básicamente dos categorías de tamaños: recintos pequeños hasta los 5 m² correspondiente a estructuras tipo chullpa y que comprenden un 50% del total, y construcciones entre los 10 y los 40 m² (22,9 %) en las que probablemente se integran espacios domésticos en sus diversas variantes (Tabla 3).

Los muros son mayoritariamente de hilada simple, aunque debe destacarse la presencia de algunos dobles y otros dobles con relleno. Son frecuentemente aplomados, de aparejo rústico y con uso de argamasa (Tabla 4). Las piedras se han dispuesto mayoritariamente en su estado natural, mientras que el desbaste y canteo se ha reservado para vanos y esquinas. Se registraron vanos en 74 estructuras lo que corresponde a un tercio del conjunto. Los vanos principalmente son las “ventanas” o accesos de las chullpas, otro porcentaje implica accesos al modo de puertas en espacios domésticos. Las orientaciones dominantes son la NE en un 25,7% de los vanos, seguida de la SE con un 23% de representatividad. Se observaron algunos vanos de forma trapezoidal y subtrapezoidal como rasgo típicamente tardío.

Arquitectura del Tawantinsuyo

Diversos trabajos han caracterizado la arquitectura incaica en la región apoyándose en diferentes perspectivas (Adán, 1999; Castro, 1992; Castro *et al.*, 1993; Cornejo, 1995;

Gallardo *et al.*, 1995; Hyslop, 1993; entre otros). Basados en importantes compilaciones como las de Hyslop (1990, 1993), Gasparini y Margolies (1980) y Raffino (1981) dichos estudios han destacado la presencia de elementos arquitectónicos diagnósticos, la variabilidad de asentamientos sobre los que se instala, su vinculación con rutas de tráfico, su asociación con áreas de explotación minera y aspectos ideológicos relacionados con la modalidad de expansión y dominio.

La arquitectura incaica en San Pedro de Atacama se encuentra representada por el sitio Tambo de Catarpe construido en un sector plano y alto, con una clara distribución dual y fuertemente vinculada al más importante recurso hídrico del oasis y a una ruta de tráfico de bienes y personas. La primera descripción arqueológica conocida es la que ofrece Mostny (1949: 158-165), quien lamentablemente sólo inspecciona el sector E. Se trataría de un tambo carente de muro defensivo y asociado al camino del Inca, cerca del cual se habrían asentado poblaciones previas, continuando su ocupación hasta tiempos post-incaicos. Observa estructuras de planta rectangular sobre una meseta plana con un importante uso de argamasa que en algunos casos sobrepasa a la piedra, de tal manera que “casi se los podría llamar muros de arcilla” (Mostny, 1949: 160). La construcción de estos constituiría “una forma intermedia entre los muros de piedra atacameña y los muros de adobe incásicos” (Mostny, 1949: 164). Mostny divide las construcciones en tres grandes grupos. El primero de ellos en el borde de la meseta hacia el río para vigilancia del acceso desde el valle, otro conformado por los grandes patios y un tercer conjunto de recintos contiguos de uso habitacional.

De acuerdo con Le Paige (1958: 78-81), el Inca habría intentado la conquista del territorio atacameño en dos ocasiones, con éxito en la segunda. En sus palabras “...el Inca ha dejado tras de él, una huella profunda, una leyenda dorada, un recuerdo encantador, la idea de un liberador” (Le Paige, 1958: 78-81). Para el autor, Catarpe constituyó un centro administrativo y militar brevemente ocupado a juzgar por el escaso material superficial; los grandes patios habrían sido usados como corrales, mientras que los dormitorios servirían para albergar a los representantes del Inka. Se debe también a este autor la excavación del cementerio del sector W (Le Paige, 1971).

Por su parte, las investigaciones de Lynch (1977) y Lynch y Núñez (1994) aportan una perspectiva más amplia del fenómeno de expansión del Tawantinsuyo hacia estas regiones. Para Lynch y Núñez (1994), Catarpe es el tambo de mayor tamaño y de diseño más clásico, “ubicado estratégicamente en la frontera de Atacama” (Lynch y Núñez, 1994: 146). Este habría controlado el abastecimiento de agua y una importante ruta hacia el altiplano boliviano-peruano, pasando por el Loa Superior. Correspondería a un centro administrativo con funciones políticas, culturales y ambientales, y con una estrecha relación con la actividad minera. Señalan como posibles funciones de “almacenamiento y diligencia con la población local” (Lynch y Núñez, 1994: 154), siendo los muros de defensa perimetral señal del resguardo de bienes preciados. En el sitio podría haberse procesado cobre y oro, y también servir como almacén de estos metales y turquesas provenientes del sur. Sumado a lo anterior, las tierras cultivables aledañas al tambo recibirían la primera

irrigación y consecuentemente las mejores cosechas. Catarpe respondería a un patrón cuzqueño de plaza doble rodeada de múltiples recintos rectangulares y cuadrangulares, destacando la orientación de la cancha entre 63° a 66°, tal como el Coricancha en el Cuzco. Otro elemento que avala esta vinculación cuzqueña es la similitud de la placa de oro rescatada en Catarpe E con otra ubicada en una tumba cercana al “Templo del Agua” en Sacsahuamán (Ascué 1988, en Lynch y Núñez, 1994).

El Tambo de Catarpe se ubica sobre tres restos de terrazas de la llamada Cordillera de la Sal, al E de la llanura fluvial del río San Pedro y 7 km al N de la plaza del pueblo. Se encuentra asociado a extensos campos de cultivo en el valle del río, actualmente cultivados por pobladores de los ayllus de Catarpe y Quítor (Figura 1). Como se ha señalado, su emplazamiento se vincula con una ruta de tránsito seguramente de origen preincaico, que conecta con la región del Loa Superior y con ello con la región altiplánica boliviana y peruana, la cual fue reforzada durante el dominio del Tawantinsuyo. Asimismo, su localización, que aprovecha y controla el recurso hídrico del río San Pedro en el sector más septentrional del área, debió generar relaciones de dependencia con ayllus meridionales vinculados a este río.

Catarpe comprende dos conjuntos edificados claramente diferenciados entre sí, Catarpe W y Catarpe E. Ambos presentan un trazado claramente ortogonal sobre una meseta plana, reproduciendo elementos clásicos de la arquitectura incásica. Sin embargo, existen algunos elementos interesantes que los distinguen, como la presencia de un importante cementerio en Catarpe W, y las extensas plazas de Catarpe E. El primero ocupa casi la totalidad de la meseta que forma la terraza, mientras que el segundo compromete una importante superficie sin edificar.

Catarpe W comprende 177 recintos distribuidos en una superficie de 10.080 m², tiene un patrón de trazado ortogonal, aglutinado, con una densidad de 163,9 recintos por hectárea (Tabla 1). El asentamiento se divide en tres sectores. El sector E presenta un conjunto de recintos de probable uso habitacional y está completamente separado del segundo, al no presentar ninguna estructura que los una. Este último, o sector W, es donde se localiza el cementerio central. Por último, hacia la parte alta del lado W se construyeron chullpas o trojas que conforman la tercera agrupación (Figura 7).

Las estructuras se organizan en 14 conglomerados donde se distingue un predominio de las formas de plantas rectangulares, subrectangular, cuadrangulares y subcuadrangulares con más de un 60% (Tabla 2). Los tamaños de los recintos oscilan entre los 0,4 m² y los 61,95 m². Una importante frecuencia son recintos muy pequeños de hasta 5 m² con más de un tercio del total, los cuales incluyen sepulturas de bloques rocosos y trojas del sector alto. A continuación se identifican con claridad espacios domésticos entre los 10 y los 40 m² con cerca de un 40% de ocurrencia. Estructuras de más de 40 m² son escasas, señalando escasos espacios usados como corrales (Tabla 3).

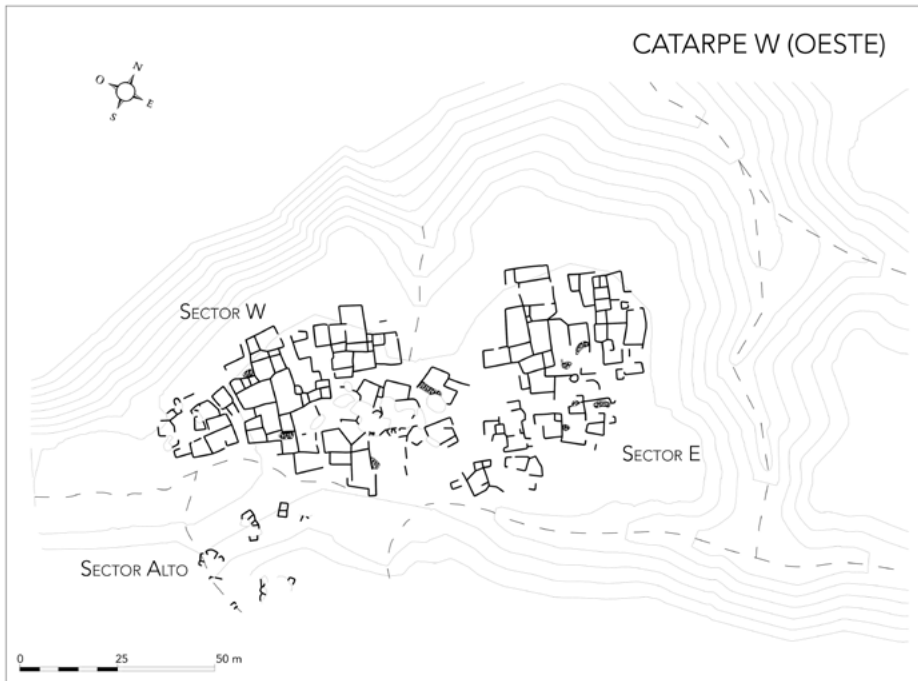


Figura 7: Levantamiento topográfico Catarpe W.

Sobre las características de los muros, éstos fueron edificados usando piedras y barro en una técnica que documenta un importante conocimiento de las propiedades del barro. Los paramentos son aplomados y mayoritariamente de hilada simple, aunque con una significativa presencia de muros dobles (Tabla 4). En algunos sectores se registraron aterrazamientos y el empleo de muros de contención. Se observa una recurrente forma de fisura de los muros que podría indicar el uso de sistemas de “tapias” o moldes.

La asociación de espacios domésticos con construcciones fúnebres y sectores de almacenaje, dan cuenta de un sitio con variabilidad funcional. A lo anterior se añade la baja presencia de rasgos arquitectónicos tardíos clásicos, en comparación con su vecino Catarpe E, lo que permite plantear que se trataría de un asentamiento doméstico ocupado por poblaciones locales. Su relación y distancia con Catarpe E, representa materialmente los sistemas de oposiciones y de dualidad característicos del pensamiento social y cultural andino y reforzado en la región por el dominio incaico.

Catarpe E comprende 163 recintos. Estos se distribuyen en una superficie de 12.000 m² que significa una densidad de 135,8 recintos por hectárea (Tabla 1). La orientación general del asentamiento sigue una dirección W-E, con una desviación de 60° al N de las plazas centrales y en general del conjunto edificado. Se distinguen 29 conglomerados, que a razón de sus características arquitectónicas, corresponderían a funciones diferentes. Destacan agrupaciones de silos o “colcas” en distintas disposiciones, dos plazas asociadas

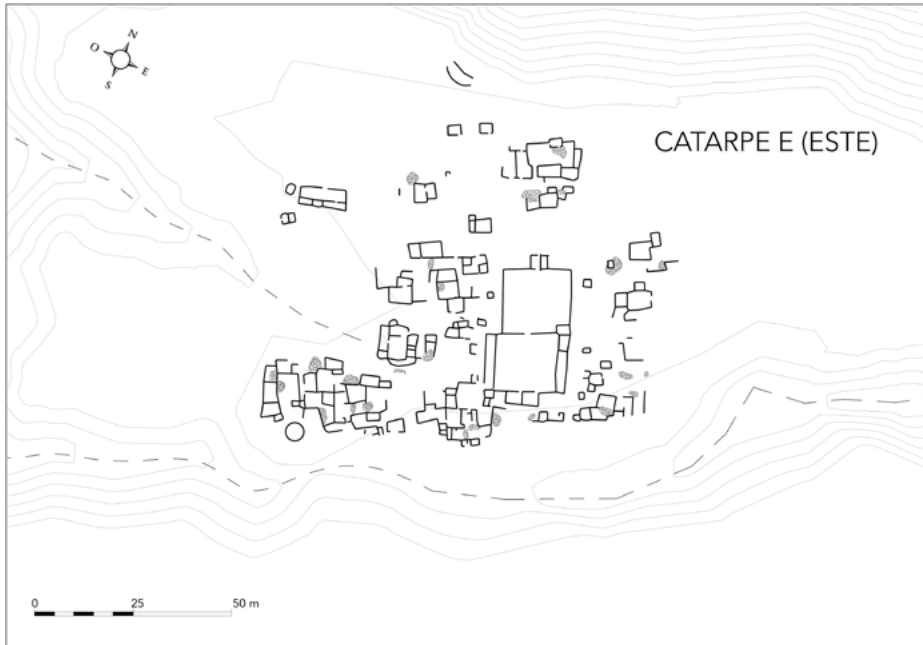


Figura 8: Levantamiento topográfico Catarpe E.

a recintos domésticos ubicadas en el sector central y urbanísticamente más destacado del asentamiento, y por último el conglomerado SW en el que seguramente se desarrollaron funciones domésticas (Figura 8). En esta última área fueron realizadas las excavaciones de Lynch (Lynch y Núñez, 1994) desde donde se recuperó la placa de oro de estilo trasandino similar a otra recuperada en Sacsahuamán.

En Catarpe E la forma dominante de las plantas es la rectangular-subrectangular con más de un 65%, seguido de formas cuadrangulares y subcuadrangulares con un 15% (Tabla 2). Los rangos de tamaño establecidos indican una frecuencia similar de recintos pequeños hasta los 5 m² y de aquellos medianos entre los 10 y los 40 m² (Tabla 3). Respecto a los muros, los de hilada simple son los más populares aunque se observa la más alta representatividad de muros dobles. Al igual que en Catarpe W, los muros se edificaron con piedra y barro. En algunas estructuras como los muros de la plaza se observa una disminución del contenido de barro que pasa a convertirse en argamasa y revoque (Tabla 4).

La distancia formal que se observa entre Catarpe E y Catarpe W, pese a que ambos reproducen el trazado ortogonal, se evidencia en la presencia en el primero de una importante plaza doble central, una frecuencia similar de unidades domésticas y de collcas, y una abundancia relativa de muros dobles. La arquitectura de Catarpe E indica la presencia de abundantes actividades de almacenaje, la disposición de espacios habitacionales, y sobretodo la existencia de grandes espacios de utilidad para funciones

administrativas o religiosas que requieren congregación social. En Catarpe W, por su parte, disminuyen los muros dobles y entre las estructuras de tamaño pequeño se incluye la presencia de construcciones mortuorias al interior del espacio doméstico. Es probable que en este asentamiento se encuentre asentada población local en forma permanente, como lo demuestra la presencia de entierros y las mejores condiciones defensivas de esta meseta.

SISTEMA DE ASENTAMIENTO E HISTORIA CULTURAL

La clasificación propuesta sobre estilos arquitectónicos y tipos de sitios habitacionales de los períodos Tardíos de San Pedro, permite abordar la historia cultural de esta región a partir de una materialidad vinculada con la vida cotidiana, y las relaciones ambientales y económicas.

Una de las ideas orientadoras de este trabajo es que la historia prehispánica del asentamiento en territorio atacameño se articula dentro de un panorama más complejo que el modelo simplificado de pueblos de paz y asentamientos defensivos propuesto por diversos estudiosos. Al contrario, consideramos que el desarrollo de la sociedad atacameña está estrechamente relacionado con su dinámica y conflictos internos, con lo cual privilegiamos la visión de una sociedad heterogénea que ha definido y redefinido sus relaciones económico-sociales y de poder continuamente a lo largo del tiempo, con seguridad influenciada y apoyada por sus vínculos con grupos externos. Es posible, en consecuencia, sugerir la forma en que se desarrolló el sistema de asentamiento, entendiendo este último como “la estructura de las relaciones sociales y las reglas de la sociedad que da coherencia a la forma específica como una sociedad utiliza el medio natural y social que la rodea” (Aldunate *et al.*, 1986: 3).

Como punto de partida entonces nos parece importante situar a las sociedades que estudiamos en un territorio específico con características ambientales particulares que delimitan el marco en que tiene lugar la evolución de los asentamientos humanos. Al respecto, coincidimos con Llagostera y Costa en que “las determinantes en las modalidades de los patrones de asentamiento durante la época agroalfarera en San Pedro de Atacama estuvieron relacionadas con el manejo del recurso hídrico y la disponibilidad de espacios colonizables” (Llagostera y Costa, 1999: 175). La periodización y dispersión de asentamientos por ellos propuesta distingue para los períodos tardíos una ocupación de los extremos tanto al N y S del Salar, como hacia el W y E, despejando los sectores centrales. Podríamos agregar, por consiguiente, que esta suerte de fuerza centrífuga es igualmente una forma de mirar hacia fuera del oasis, situación que de hecho ocurre cuando poblaciones atacameñas comienzan a explorar nuevos territorios, los que corresponden a los sistemas de quebradas (Adán y Uribe, 1995; Uribe y Adán, 1995).

Aunque la historia arquitectónica de San Pedro de Atacama ha sido poco estudiada, existen suficientes evidencias como para sostener el desarrollo de un patrón aldeano desde el Período Alfarero Temprano como está registrado en el sitio de Túlor 1 (Llagostera *et al.*, 1984) vinculado al desarrollo de un modo de vida agroganadero, evidentemente

dependiente de recurso hídricos y con un importante conocimiento de la construcción en barro. Pese a la inexistencia de caracterizaciones arquitectónicas detalladas sobre contextos habitacionales del Período Medio, sabemos que la tradición de edificación en barro se mantiene como práctica y conocimiento en las comunidades de San Pedro (Llagostera y Costa, 1999). En este sentido, sostenemos que la arquitectura de Campos de Sólór indica la vigencia de una tradición de fuerte raigambre cultural en los oasis, documentando una continuidad del Intermedio Tardío con los períodos previos.

También durante el Intermedio Tardío comenzaría a desarrollarse una tradición constructiva de Tierras Altas, así denominadas por su ocurrencia en un ámbito de quebradas como las localidades de Caspana y Toconce en el Loa Superior. Al respecto, durante el período que hemos denominado de las Tradiciones Tempranas para el Loa Superior, poblaciones que recogen un importante sustrato arcaico comienzan a ocupar espacios amplios con una baja intensidad, seguramente con una economía aún muy tradicional, basada en las actividades de caza y recolección, pero sin hacer aún habitables, es decir productivas, las quebradas (Uribe y Adán, 1995; Adán y Uribe, 1995). Los sitios habitacionales conocidos para estos momentos, por ejemplo Incahuasi Temprano, son pequeños asentamientos sobre las mesetas, relacionados con cursos de agua, edificados con piedras lajas, y con un patrón circular ligeramente depresionado.

Posterior a esto, en la misma subregión y sobre la base de nuestros trabajos en Caspana, hemos propuesto una revitalización de este territorio, por medio de la aplicación de conocimientos y técnicas arquitectónicas que hacen habitables y productivos estos espacios (Adán y Uribe, 1995; Uribe y Adán, 1995). No sabemos si se trata de “poblaciones altiplánicas” o de “atacameños” altiplanizados, pero sin lugar a dudas el vínculo altiplánico es vital en este proceso y hay una clara opción, entre las poblaciones que participan de este proceso, por representar una identidad altiplánica (Aldunate, 1993; Aldunate y Castro, 1981; Ayala, 2000; Castro *et al.*, 1993; Schiappacasse *et al.*, 1989).

Adicionalmente, se reconoce como parte de esta Tradición de Tierras Altas desde momentos tempranos del Intermedio Tardío la existencia de un patrón estanciero que continua vigente hasta nuestros días. En el río Salado se ha documentado una fase inicial (Turi 1) caracterizada por estos sistemas estancieros, la cual ha sido homologada en términos de su contenido cultural a la fase Yaye definida por Tarragó (Aldunate, 1993).

De esta manera, distinguimos para San Pedro de Atacama en el período comprendido entre 900 y 1300 años DC, correspondiente a las fases Yaye y Sólór (Tarragó, 1989), una mayor variabilidad de las clases de asentamientos, espacios ocupados y técnicas constructivas. Contemporáneamente, ocurren la ocupación de Sólór, la aparición de sistemas estancieros en el Salar como Guatín, y el inicio de la ocupación en ámbitos de quebradas de oasis y otras del salar como está representado en los sitios de Catarpe W, Quítor, Vilama y Zapar (Tabla 5). Esta variabilidad en el sistema de asentamiento, entendemos forma parte del mismo proceso cultural, y da cuenta de una exploración de nuevas estrategias productivas y habitacionales.

SITIO	RECINTO	UCTL	FECHA
SOLOR 4	2 int.	1435	1.320 +/- 55 DC
SOLOR 12	1 int.	1436	1.300 +/- 60 DC
GUATIN	C1/1	1447	1580 +/- 45 DC
GUATIN	P4 int.	1448	1470 +/- 50 DC
QUITOR	56 int.	1442	1480 +/- 40 DC
QUITOR	129 int.	1443	1650 +/- 35 DC
QUITOR	32 int.	1444	1300 +/- 70 DC
VILAMA N	49 int.	1437	1550 +/- 40 DC
VILAMA N	10 int.	1438	1350 +/- 60 DC
ZAPAR	49 int.	1439	1580 +/- 40 DC
ZAPAR	73 int.	1440	1400 +/- 60 DC
ZAPAR	83 int.	1441	1590 +/- 40 DC
PEINE	112	1445	1680 +/- 30 DC
PEINE	154 int.	1446	1640 +/- 35 DC
CATARPE W	144 int.	1429	1.405 +/- 45 DC
CATARPE W	132 int.	1430	1.280 +/- 70 DC
CATARPE W	77	1431	1.435 +/- 50 DC
CATARPE E	130 ext.	1432	1.590 +/- 40 DC
CATARPE E	144 int.	1433	1.540 +/- 30 DC
CATARPE E	51 int.	1434	1.570 +/- 40 DC

Tabla 5: Fechados TL obtenidos en los sitios estudiados.

Creemos que lo anterior se relaciona con el registro bioantropológico y cultural del sitio Coyo-3, ocupado entre los años 910 a 960 DC, donde se observa una estrecha convivencia de dos grupos sociales dentro del oasis con un claro desbalance en el acceso a los recursos. Se aprecia la presencia de un grupo con nivel de estatus más jerarquizado, una “pujanza generalizada” y una mayor concentración de elementos de poder (Costa y Llagostera, 1994). Nuestros datos arquitectónicos, entonces, se agregan a los de Coyo 3 y sugieren un panorama social más diverso, segmentado y competitivo, ocupando un mismo paisaje ecológico y cultural. Pareciera que ya desde estos momentos prehispánicos comienzan a configurarse en territorio atacameño las sociedades segmentarias que caracterizarán el mundo andino a partir del siglo XVI (Albarracín-Jordán, 1996; Platt, 1987).

Las causas de esta diversificación son aún materia de estudio, es probable que respondan a una combinación de factores entre los que parecen fundamentales una situación de competencia por los recursos hídricos vitales para la ocupación de los oasis y cierto desgaste de la estructura social y de la autoridad de las poblaciones locales, seguramente asociado a la pérdida de vigencia del vínculo con Tiwanaku.

En este contexto cobra importancia la experiencia que comenzaba a desarrollarse en el Loa hacia los inicios del Intermedio Tardío con la aparición de los sistemas estancieros y la concentración de poblaciones en aldeas quebradeñas (Aldunate, 1993; Adán y Uribe, 1995; Uribe y Adán, 1995). A juzgar por la disminución de cementerios en los oasis es probable que la ocupación de Sólór durante estos momentos adquiera un patrón estanciero y que algunos grupos comiencen a ocupar sitios como Catarpe W, Quítor, Vilama N y probablemente Zapar (Tabla 5). La fama exclusivamente defensiva de sitios como Quítor y Vilama y el carácter tardío de Catarpe deben ser evaluados en una perspectiva diacrónica. Todos ellos constituyen asentamientos de poblaciones atacameñas que comienzan a ocupar sectores que permiten controlar el recurso hídrico. Posteriormente, son afectados por la influencia del Tawantinsuyo que sabemos se instala en asentamientos que estaban previamente ocupados y que eran social y productivamente significativos para las poblaciones locales. Inclusive en Vilama N y S, probablemente los sitios con menor aspecto incaico de los mencionados, se levanta un imponente muro doble con relleno, muy distinto a la totalidad del conjunto, confirmando la tesis sobre el carácter tardío del fenómeno pucara (Ruiz y Albeck, 1997).

Esta situación de revaloración de los ámbitos de quebradas y tierras altas parece cristalizar hacia 1300 años DC en aldeas como Zapar y Peine. Junto al comportamiento cronológico de estos asentamientos (Tabla 5), destaca la configuración misma de los sitios en la que aparece una desconocida profusión de estructuras tipo chullpa. Probablemente, la ocupación de las quebradas del salar debió acrecentarse durante los momentos más agudos de competencia en los oasis. Asimismo, es probable que en estos períodos de crisis, hayan debido reforzar sus diferencias asumiendo nuevos rasgos culturales o identitarios, echando mano del prestigioso y tradicional vínculo con el altiplano que, no obstante, en estos momentos ingresa por otras vías (Agüero *et al.*, 1997).

Sin embargo, no se trata simplemente de poblaciones de oasis que comienzan a habitar quebradas altas. Esto debió significar un complejo proceso de transformación cultural en consonancia con las nuevas condiciones económicas y sociales. Esta identidad de Tierras Altas, que particulariza y distingue a estas poblaciones de sus coetáneas del valle, parece fortalecerse hacia 1300-1400 años DC a juzgar por la concentración de fechas que presentan los sitios mencionados (Tabla 5).

Consecuentemente, la configuración del sistema de asentamiento que adquiere la ocupación de los oasis y las quebradas, con la complejidad que hemos descrito, cuestiona el modelo simplificado de aldeas de paz en el valle y asentamientos defensivos en los cerros. Sabemos que los asentamientos denominados tradicionalmente como “pucara” son ocupados tempranamente por poblaciones locales y, pese a que gran parte de la literatura adjudica a estas construcciones un papel exclusivamente defensivo, sus configuraciones arquitectónicas dan cuenta de asentamientos complejos de la población local en que a la función doméstica se le añade el carácter defensivo. Es probable que la pérdida de eficacia de los mecanismos económicos reguladores durante el período Medio e inicios del Intermedio Tardío, posiblemente basados muy fuertemente en sistemas de estatus,

haga crítica la administración de los recursos hídricos hacia comienzos de 1300 años DC (Tabla 5). Las poblaciones que edificaron estos pucara ya no logran resolver conflictos económicos y sociales con los mecanismos tradicionales andinos, lo que es indicativo de una crisis de autoridad, debiendo recurrir al establecimiento de arquitectura defensiva y de control de nichos estratégicos.

Dentro de este sistema ya establecido la expansión incaica opera como en otros lugares de Atacama, ocupando distintos asentamientos, todos ellos habitados y significativos para la población local. La situación de competencia descrita es aprovechada por el Inka al instalarse en asentamientos vinculados al río San Pedro como Quítor y Catarpe, y en otros más distantes e igualmente estratégicos como Peine al final del salar, indudablemente relacionado con la vialidad incaica en un eje N-S (Cornejo, 1995). En Catarpe, además de sus condiciones estratégicas y administrativas, se observa una modalidad ya documentada en Turi (Gallardo *et al.*, 1995), en la cual el Inka habita el espacio local a la vez que se distancia del mismo, generando una representación espacial sumamente clara de su presencia y dominio. El pucara de Quítor, aguas abajo, refuerza el control del Tawantinsuyo sobre este vital recurso y ruta de tránsito.

En el caso de los sitios de quebradas, como las aldeas de Zapar y Peine con una significativa frecuencia de fechas tardías (Tabla 5), observamos una conjunción del estilo incaico con elementos de identidad altiplánica que seguramente son indicación del camino que siguen estas últimas influencias hasta llegar a la zona de San Pedro de Atacama. Como lo demuestran nuestros estudios cerámicos y textiles (Uribe *et al.*, 2004) se observa una fuerte vinculación con la región argentina de la Puna Atacameña. En cualquier caso, la atmósfera de estos asentamientos avala la idea de la importancia cultural y el estatus adquirido por la Tradición de Tierras Altas durante los momentos tardíos, con una clara presencia del Tawantinsuyo y posterior ocupación hispana.

NOTAS

¹Fondecyt 1000148. Historia cultural y materialidad en la arqueología de los períodos Intermedio Tardío y Tardío de San Pedro de Atacama y su relación con la cuenca del río Loa.

²La clasificación de Castro y colaboradores (1993) distinguió entre: 1) recintos de forma rectangular que sostuvieron techos a dos aguas, con muros cuidadosamente contruidos en el calce y ordenamiento de las piedras presentando esquinas canteadas como refuerzos; 2) estructuras chullpa de planta rectangular o circular, con emplantillado de piedra, muros rellenos con argamasa, techo con técnica de falsa bóveda y un vano a media altura; 3) recintos de planta rectangular de gran tamaño, no habitacionales; 4) recintos con mampostería poco elaborada, con bloques rocosos y jambas más cuidadas; 5) espacios entre muros, de grandes dimensiones y aterrizados, y también patios entre conjuntos de recintos, y 6) aterramientos que no son recintos y posiblemente se usaron para la construcción de chullpas.

³La propuesta de Adán (1996) establece la existencia de: 1) Recintos habitacionales: generalmente de planta rectangular y en algunos casos cuadradas. Sus muros son de hilada simple y en contadas ocasiones dobles, de aparejo rústico y celular. En su mayoría presentan vanos de acceso que comunican

hacia caminos u otras estructuras relacionadas, lo que hace que estos espacios se perciban como conglomerados. La variabilidad en el tamaño (27 a 75 m²) podrá indicar viviendas con techumbres o patios asociados. Dentro de las unidades domésticas destacan espacios de cocina con fogones. Habitaciones y estructuras de menor tamaño constituyen depósitos, cuyeras, poyos o waki fundacionales. 2) Corrales: estructuras de gran tamaño, poseen muros de hilada simple y aparejos de tipo sedimentario a diferencia de los recintos habitacionales. Algunos presentan estructuras asociadas a modo de chiqueros. 3) Vía de circulación: espacios entre recintos con depósitos de desechos secundarios. 4) Chullpas: corresponden a estructuras de planta circular u ovalada ocupando en algunos casos afloramientos rocosos como cimientos. Los muros son de hilada simple y el aparejo es rústico, con un diámetro que oscila entre 1.5 y 3 m. 5) Depósitos, espacios entre recintos y basurales asociados: se ubican junto a unidades de vivienda. Son recintos de dimensiones menores y de difícil definición arquitectónica. Son estructuras multifuncionales y constantemente reocupadas. 6) Basurales: corresponden a recintos previamente utilizados como espacios habitacionales y espacios entre recintos. Su localización es determinada por el tipo de asentamiento, al ser una estancia de patrón disperso la basura se deposita en lugares alejados. En aldeas aglutinadas se usarán espacios entre recintos, recintos abandonados al amparo de muros que no permitan la movilización de los desechos.

⁴Llagostera y Costa (1999) mencionan sitios habitacionales durante la fase Quítor en Béter, Coyo, Sólór y Tchaputchayna entre otros, los cuales son reconocibles por la concentración de material cultural y las formaciones monticulares. Los autores describen sitios habitacionales estructurados en Coyo Occidental, con murallas de barro y plantas circulares (sitios 4, 8, 12 y 13 en su sistematización) y rectangulares (sitios 5, 6, 10, 14 y 17). Para la fase Coyo se señalan recintos habitacionales en Béter, Sólór, Coyo y Tchaputchayna manteniendo recintos de plantas circulares en combinación con otros de forma rectangular. Debe mencionarse, no obstante, que las fechas absolutas que se conocen para Campos de Sólór sólo presenta dataciones tardías del Período Medio asignables a la Fase Coyo (Berenguer et al., 1988; Tarragó 1989), además de aquellas correspondientes al Intermedio Tardío (Berenguer et al., 1998; Núñez, 1976). En el caso de Coyo la situación es similar (Berenguer et al., 1988; Costa-Junqueira y Llagostera, 1994).

⁵Estos se han definido operacionalmente como aquellos recintos contiguos que comparten muros. En principio ello supone cierta contemporaneidad, lo cual permite una comprensión cronológica del sitio. En segundo lugar, comparten una organización funcional que puede identificarse con una unidad doméstica.

⁶De acuerdo con el protocolo que usamos en este trabajo, definido por Castro y colaboradores (1993), se utiliza el término estructura y no recinto habitacional con el objeto de designar diferentes espacios arquitectónicos, vg. recintos, pasillos y otros. Se reserva el término de recinto cuando la estructura esté claramente definida, y los muros identificables corresponden a la misma.

⁷Por razones de conservación sólo fue posible registrar 4 de los probables recintos identificados.

⁸Para efectos del análisis y considerando que las diferencias funcionales entre los recintos domésticos y los campos de cultivo es evidente en la variable tamaño, la información se sistematizó considerando estas categorías por separado. En base a los trabajos realizados en el Pucara de Turi e información etnoarqueológica (Adán, 1996), se consideraron recintos domésticos los que tuvieran hasta 50 m² de superficie (39 unidades). Los rangos mayores, entre 30 y 42 m² correspondiente a 4 estructuras, podrían corresponder funcionalmente a recintos parcialmente techados a modo de ramadas, patios o plazas de uso comunal, o bien corrales.

⁹El estudio realizado en terreno consideró la numeración proporcionada por los trabajos de Muñoz (1984) como resultado de los trabajos de restauración. Los nuevos recintos, que en general corresponden a estructuras anexas de menores dimensiones, fueron consignados con letras y la numeración del recinto más cercano. La ficha arquitectónica se aplicó en su totalidad asumiendo como supuesto la fidelidad de los trabajos de conservación y restauración practicados con anterioridad. Pese a ello los datos deben manejarse con cautela, principalmente aquellos referidos a las características de los paramentos, más que aquellos sobre forma y tamaño de las plantas.

¹⁰Cabe mencionar que en Likán (Aldunate y Castro, 1981) se registró la existencia de un entierro en cistas y que, como ha puntualizado Ayala (2000: 194), en la zona de Norlópez se han descrito cistas como sepulturas al pie de las chullpas, al centro del poblado en Bajo Lakaya.

¹¹Se definen para Likán un total de 200 recintos. 70 de ellos corresponden a chullpas (Aldunate y Castro, 1981).

¹²Correspondientes al tipo Simple A de Ayala (2000: 106-109).

¹³Se asemejan a los tipos dobles o triples de Ayala, a pesar de que éstas se ubican al interior del área residencial (Ayala, 2000: 175)

¹⁴Definidas de la misma manera en la aldea de Talikuna, Caspana (Adán, 1999).

AGRADECIMIENTOS

Este artículo es resultado del Proyecto Fondecyt 1000148: Historia cultural y materialidad en la arqueología de los períodos Intermedio Tardío y Tardío de San Pedro de Atacama y su relación con la cuenca del río Loa, dirigido por Mauricio Uribe R. Agradezco a los que aplicaron pacientemente las fichas arquitectónicas en los sitios analizados, los acuciosos levantamientos topográficos de Sergio Morales, y la revisión del manuscrito por Simón Urbina. También quisiera reconocer el aporte de los evaluadores que han permitido mejorar el presente trabajo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adán, L.,
1996. *Arqueología de lo cotidiano. Sobre diversidad funcional y uso del espacio en el Pukara de Turi*. Memoria para optar al título de Arqueóloga. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Santiago.
- Adán, L.
1999. Aquellos antiguos edificios. Acercamiento arqueológico a la arquitectura prehispánica Tardía de Caspana. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 18: 13-33.
- Adán, L. y M. Uribe.
1995. Cambios en el uso del espacio en los períodos agroalfareros: un ejemplo en ecozona de quebradas altas, la localidad de Caspana. En *Actas del II Congreso Chileno de Antropología*:541-555. Santiago.
- Albarracín-Jordan, J.
1996. *Tiwanaku. Arqueología regional y dinámica segmentaria*, Editorial Plural. La Paz.

- Aldunate, C. y V. Castro.
1981. *Las chullpas de Toconce y su relación con el Poblamiento Altiplánico en el Loa Superior: Período Tardío*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Filosofía con mención en Prehistoria y Arqueología. Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Universidad de Chile. Santiago. Inédita.
- Aldunate, C.
1993. Arqueología en el Pukara de Turi. En Actas del XII Congreso de Arqueología Chilena, *Boletín Museo Regional de la Araucanía* 4 (2): 61-78. Temuco, Chile.
- Aldunate, C., J. Berenguer, V. Castro, L. Cornejo, J.L. Martínez y C. Sinclair.
1986. *Cronología y asentamiento en el Región del Loa Superior*. Dirección de Investigación y Bibliotecas, Universidad de Chile, Santiago.
- Agüero, C., M. Uribe, P. Ayala y B. Cases.
1997. Variabilidad textil durante el Período Intermedio Tardío en el valle de Quillagua: Una aproximación a la etnicidad. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 14: 263-290.
- Ayala, P.
2000. *Reevaluación de las Tradiciones Culturales del Período Intermedio Tardío en el Loa Superior: Caspana*. Memoria para optar al Título Profesional de Arqueóloga. Universidad de Chile. Santiago. <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/136789>
- Berenguer J., A. Deza, A. Román y A. Llagostera.
1988. Testing a cultural sequence for the Atacama Desert. *Current Anthropology* 29 (2): 341-346.
- Berenguer, J., C. Aldunate y V. Castro.
1985. Secuencia del arte rupestre en el Alto Loa: una hipótesis de trabajo. En Aldunate, C., Berenguer, J., y Castro, V. (eds.) *Estudios en arte rupestre. Museo Chileno de Arte Precolombino*: 87-108. Santiago.
- Bibar, G. De.
1966 [1558]. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*. Fondo Histórico y Bibliográfico.
- Bittman, B., G. Le Paige y L. Núñez.
1978. *Cultura atacameña*. Ministerio de Educación, Serie de Patrimonio Cultural Chileno. Santiago.
- Castro, V.
1992. Nuevos registros de la presencia Inka en la Provincia de El Loa, Chile. *Gaceta Arqueológica Andina* VI(21): 139-154.
- Castro, V y J. L. Martínez.
1996. Poblaciones indígenas de la provincia de el Loa. En Hidalgo, J., Schiappacasse, V., Niemeyer, H., Aldunate, C., Mege, P., *Culturas de Chile, Etnografía*: 69-109. Editorial Andrés Bello Santiago.
- Castro, V., F. Maldonado y M. Vásquez.
1993. Arquitectura en el Pukara de Turi. En Actas del XII Congreso de Arqueología Chilena, *Boletín Museo Regional de la Araucanía* 4 (2): 79-106. Temuco, Chile.
- Cornejo, L.
1995. El inca en la región del río Loa: lo local y lo foráneo. En Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología. Tomo I: 203-213. Universidad de Antofagasta. Sociedad Chilena de Arqueología. Antofagasta.
- Costa, A., y A. Llagostera.
1994. Coyo-3: Momentos finales del Período Medio en San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas*, 11: 73-107.
- Gallardo, F., M. Uribe y P. Ayala.
1995. Arquitectura Inca y Poder en el Pukara de Turi, Norte de Chile. *Gaceta Arqueológica Andina* III (2): 151-171.
- Gasparini, G. y L. Margolies.
1980. *Inca Architecture*. Indiana University Press. Bloomington and London.

- Hyslop, J.,
1993. Factors influencing the transmission and distribution of Inca cultural materials throughout Tawantinsuyu. *Latin American Horizons, a Symposium at Dumbarton Oaks*, Dumbarton Oaks Research Library and Collections. Washington.
- Hyslop, J.,
1990. *Inca Settlement Planning*. University of Texas Press. Austin.
- Latcham, R.,
1938. *Arqueología de la Región Atacameña*. Prensas de la Universidad de Chile. Santiago.
- Le Paige, G.
1958. Antiguas culturas atacameñas en la cordillera chilena (II parte). *Anales de la Universidad Católica de Valparaíso* 4 y 5.
- Le Paige, G.
1964. El precerámico en la cordillera atacameña y los cementerios del Período Agroalfarero en San Pedro de Atacama. *Anales de la Universidad del Norte* 3.
- Le Paige, G.
1971. Tres cementerios indígenas de San Pedro de Atacama y Toconao. En *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*: 163-187. Santiago.
- Lynch, T.
1977. Tambo incaico Catarpe-Este: informe de avance. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 5: 142-147.
- Lynch, T. y L. Núñez.
1994. Nuevas evidencias inkas entre Kollahuasi y Río Frío (I y II Regiones de Chile). *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 11: 145-164.
- Llagostera, A. y M. A. Costa
1999. Patrones de asentamiento en la época agroalfarera de San Pedro de Atacama (norte de Chile). *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 17: 175-206.
- Llagostera, A., A. M. Barón y L. Bravo.
1984. Investigaciones arqueológicas en Tular-1, *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 7: 133-151.
- Martínez, J. L.
1998. *Pueblos del chañar y el algarrobo. Los Atacamas en el siglo XVII*. DIBAM. Centro de Estudios Barros Arana, Cap. V. Santiago.
- Montandón, R.
1950. *Apuntes sobre el Pukara de Lasana*. Cuadernos del Consejo de Monumentos Nacionales. Imprenta Universitaria. Santiago.
- Mostny, G.
1949. Ciudades Atacameñas. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 24: 125-201.
- Mostny, G. y González.
1954. Peine. Un pueblo atacameño. En Mostny, G., Jeldes, F., González, R., Oberhauser, F., *Peine. Un pueblo atacameño* 4: 1-103. Instituto de Geografía, Facultad de Filosofía, Universidad de Chile.
- Morris, C.
1987. Arquitectura y estructura del espacio en Huánuco Pampa. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, XIV (2): 27-45.
- Muñoz, E.
1984. Restauración del Pukara de Quito. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 7: 253-263.
- Núñez, L.
1965. Prospección arqueológica en el norte de Chile. *Estudios Arqueológicos* 1: 9-35.

- Núñez, L.
1992. *Cultura y Conflicto en los Oasis de San Pedro de Atacama*. Ed. Universitaria, Santiago.
- Orellana, M.
1963. Problemas de la Arqueología de San Pedro de Atacama y sus alrededores. *Anales de la Universidad del Norte* 2: 29-36.
- Philippi, R. A.
1860. *Viage al Desierto de Atacama, hecho de orden del Gobierno de Chile en el verano 1853-54*. Librería de Eduardo Antón, Halle en Sajonia.
- Platt, T.
1987. Entre ch'axwa y muxsa. Para una historia del pensamiento político aymara. En Bouysson-Cassagne, T., Harris, O., Platt, T., Cereceda, V. *Tres reflexiones sobre el Pensamiento Andino*: 61-32. HISBOL, La Paz.
- Raffino, R.
1981. *Los Incas del Kollasuyu*. Ramos Americana Eds., La Plata, Buenos Aires. Argentina.
- Romero, A. y L. Briones.
1999. Co-37: Estado y planificación inca en Collahuasi (Provincia de Iquique, I Región, Chile). *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 18: 141-149.
- Ruiz, M. y M. E. Albeck.
1997. El fenómeno pucara visto desde la puna jujeña. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 12: 83-95.
- Schiappacasse, V., V. Castro y H. Niemeyer.
1989. Los desarrollos regionales en el norte grande (1.000 a 1.400 d.C.). En Hidalgo, J., Schiappacasse, V., Niemeyer, H., Aldunate, C. y Solimano, I., *Culturas de Chile. Desde la Prehistoria hasta los Albores de la Conquista*: 181-220. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Serracino, G.
1974. Cerámica de Guatín. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 2: 11-36.
- Serracino, G. y R. Stehberg.
1974. Investigaciones arqueológicas en Guatín. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas* 2: 7-10.
- Stehberg, R.
1974. El complejo estructural de Guatín. *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas*, 2: 37-56.
- Tarragó, M.
1989. *Contribución al conocimiento arqueológico de las poblaciones de los oasis de San Pedro de Atacama en relación con los otros pueblos puneños, en especial el sector septentrional del Valle de Calchaquí*. Tesis Doctoral, Universidad Nacional de Rosario. Rosario. Inédita.
- Urbina, S.
2007. Estudio arquitectónico del Pucara de Topaín (río Salado, norte de Chile). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 40: 29-46.
- Uribe, M. y L. Adán.
1995. Tiempo y Espacio en Atacama: la mirada desde Caspana. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 21: 35-37.
- Uribe, M., L. Adán y C. Agüero.
2002. El dominio del Inka, identidad local y complejidad social en las tierras altas del desierto de Atacama, Norte Grande de Chile (1450-1541 d.C.). *Boletín de Arqueología PUCP*: 301-336.
- Uribe, M., L. Adán y C. Agüero.
2004. Arqueología de los períodos Intermedio Tardío y Tardío de San Pedro de Atacama y su relación con la cuenca del río Loa. *Chungara, Revista Chilena de Antropología* 36 (Supl. Esp): 943-956.

